PQ6217
.T443
v.13
no.8

Jérica y Corta, Pablo de.

Los títeres, o, Lo que puede el interés.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00055450651

LOS TÍTERES,

Ó

LO QUE PUEDE EL INTERES.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

EN PROSA

POR

DON PABLO DE JÉRICA Y CORTA.

Y sobre todo es rico, que en estos tiempos es quanto hay que ser.

ACTO II ESCENA VIII.

Cádiz 1807.
Quintana, calle de san Francisco, frente del Rosario.

Duceris ut nervis alienis mobile lignum.

HORAT. LIB. II. SATY. V

Á DON CARLOS DE JÉRICA Y CORTA.

Ésta que mereció público aplauso
dramática ficcion, representada
sobre la culta Parisiense escena,
logrando suspender de un pueblo inmenso
el sordo murmurar con deleytosa
placentera ilusion, hoy te dedico
en nuestro idioma donayroso escrita,
con el afecto y el cariño puros
del amor fraternal. En vano á Clío
y á Caliope pedí que me inspirasen
en verso heroico súblime los hechos
de los invictos Cántabros. En vano
sus amores tiernísimos á Erato,
y su grave coturno á Melpoméne.
En vano á Euterpe de su dulce flauta
la melodia grata, á Terpsicóre
la cítara sonora y las festivas

721518

danzas. En vano á Polymnía el gesto,
y á Uranía los números celestes.
Talía empero con propicio rostro
mis súplicas oyó, y á la elevada
cumbre del Pindo encaminar queriendo
mis tiernas plantas, el difícil arte,
el arte de pintar los caractéres
de los hombres me dió, y así me dixo:
»Ésta es la senda que constante debes
y animoso seguir, esta, si anhelas
el lauro merecer que merecieron
Plauto, y Lope, y Molier... En sus comedias
mil y mil hallarás sales donosas
que yo les inspiré. Sábio procura,
sus desaciertos evitando, solas
sus gracias imitar. Así ingenioso
mi amado Moratin da hoy á tu patria
una gloria inmortal, y se adelanta
al antiguo Menandro que á la Grecia
fué deleyte y honor, placer y gloria.«

INTERLOCUTORES.

DIAZ *maestro de escuela y escribiente.*

GARCIA *titeretero.*

DON FERNANDO *hacendado rico.*

DOÑA GREGORIA *su hermana.*

PEDRO FERNANDEZ *su jardinero.*

VALBUENA *su amigo.*

ANDRES *su criado.*

CELESTINA *hija de Pedro Fernandez.*

BÁRBARA *hermana de Valbuena.*

RUIZ *escribano.*

En esta Comedia, cuyo asunto se ha tomado del idioma frances, el Teatro representa la entrada de un jardin. En un lado el palacio de don Fernando y las rejas del jardin, y en otro el despacho ó la accesoria de Diaz con un mostrador ó muestra sobre la puerta en que se lea: Marcelo Diaz, Maestro de primera educacion extiende y copia cartas, memoriales, &c.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DIAZ, GARCIA (*acabando de almorzar delante del despacho de Diaz.*)

GARCIA. Si, amigo Diaz: lo que te digo. No hay mas. Todos somos unos títeres, lo mismo que los que me sirven á mí de actores para mi espectáculo; lo mismo.

DIAZ. Garcia! Eso es tratarme de muñeco!

GARCIA. No es eso. Te lo diré mas claro para que me comprehendas. Digo que los hombres nos movemos por el interes y por las circunstancias, del mismo modo que mis títeres se mueven por el impulso que yo les doy con los hilos y alambres. En todas nuestras acciones no llevamos, regularmente, otro fin que el de halagar nuestras pasiones, satisfacer nuestros gustos, y lograr nuestros deseos. Tú que eres un maestro de escuela y un escribiente, todo en una pieza, y yo que despues de haber sido estudiante, soldado, mercader, peluquero, sastre, y donado de convento, soy titeretero por la misericordia del Señor, somos dos grandes amigos.

Pero quizás el diablo que, como dicen, nunca duerme, nos armará alguna zancadilla al menos pensar, y darémos con nuestra intimidad en tierra.

DIAZ. No lo permita Dios, Garcia.

GARCIA. Lo que te digo. Tanto los grandes como los pequeños, los ricos como los pobres, los nobles como los plebeyos, todos, todos veo que somos unos viles esclavos de nuestras pasiones y de nuestras tonterías. Aduladores, cobardes, indignos.... Un suceso infausto suele hacer discreto al que era necio. Un suceso próspero suele hacer vano al que era modesto; y en fin, ni yo mismo quiero exceptuarme de esta regla, y tú mismo, tú en tal caso serias el primero que....

DIAZ. No, Garcia, no, por Dios. No me incluyas entre esos títeres que veo por ahí sin carácter y sin opinion. Son el oprobio de la humanidad. Ayer humildes y modestos: hoy altivos, orgullosos.... Y por qué? Por una herencia, por un pleito, por un mayorazgo.... bribones! Capaces son estos de vender á diez amigos por un par de pesos: canallas! Como dixo un autor (no me acuerdo si antiguo ó moderno, en fin un autor) estos no son hombres, sino máquinas: pero yo, Garcia! yo! todo lo contrario. Yo vivo de lo que gano con mi trabajo, honrada-

mente; y aunque soy un pobre diablo porque no tengo plata, tengo mi alma en mi cuerpo como qualquiera otro, y tan bien puesta como el mas pintado. Ningun suceso, por adverso que sea, es capaz de darme la menor incomodidad. Nada menos que eso. Yo no me inquieto por nada de este mundo.

GARCIA. Eres como el sábio de Horacio. Aunque se aplaste el universo, tú quedarás tan sereno entre las ruinas: no es asi? Veo que los dos somos de un mismo carácter, sin vicios, y sin preocupaciones, como verdaderos filósofos. Pero veamos esa botella que decias, y vamos bebiendo.

DIAZ. Es un vino rico, un señor pajarete. Me lo ha regalado Sanchez, el confitero de la esquina, á quien he copiado varios papeles. Vas á beber un néctar, una ambrosía, el maná... (*buscando la botella en su despacho.*) Pero Dios eterno!.... No la encuentro.... Por aqui.... Nada.... Por allí.... Tampoco.... Nada.... No parece.... Nada: caigan los cielos sobre mí!

GARCIA. No das con ella? no parece? eh?

DIAZ. Qué ha de parecer? Se me ha perdido, ó me la han soplado: Dios mio! Que suerte tengo tan negra y tan infeliz! Yo creo que algun dia he de perder las narices. Todo se me pierde, todo.

WILSON
NcU

GARCIA. Vaya! Eso es una friolera que nada importa. No te apures por eso.

DIAZ. Si tuviese bodegas, como otros, no se me daria un pito. Pero perdérseme una botella que tenia solamente! voto á san.... Es cosa de darse uno á todos los demonios.

GARCIA. Cachaza, señor filósofo. Sosiéguese usted, y no tome las cosas tan á pechos. Yo traigo en el bolsillo otra de moscatel, superior sin duda al maná de tu confitero Sanchez. (*Saca una botella.*) Aqui está. Bebámosla.

DIAZ. Por fin....

GARCIA. Saca un vaso por fin, que, asi en caliente, y como quien no quiere la cosa, nos la vamos á echar al coleto, en honra y gracia de Dios, que nos ha proporcionado este encuentro tan feliz.

DIAZ. (*Trae vaso, y beben.*) A mí ninguna desgracia me inquieta.

GARCIA. Ya lo veo. A la vista está.

DIAZ. Un poquito me desazonó este contratiempo, la verdad; pero no era para ménos, porque me hallo en unas circunstancias críticas, y deseoso de obsequiarte. Pasemos á otra materia. Eres casado, Garcia?

GARCIA. Un poco, no mas, en quanto lo siento. Tengo por muger á un diablo del infierno, y por hija á una niña que pro-

mete ser por lo menos otra tal. A ninguna parte quiero llevarlas conmigo, porque me acomoda mas andar á mis anchuras, y....

DIAZ. Pues yo no me he casado todavia; pero estoy ahora entre si caigo ó no caigo. Una niña que verias ayer conmigo, quando fuí á tomar boletin de entrada para tus títeres....

GARCIA. Si, muy bonita, con un par de ojillos negritos como el azabache. Eh?

DIAZ. Cabal. La misma. Se llama Celestina, medio parienta mia. Podemos casarnos, á Dios gracias, sin dispensacion. Es discípula mia. Siempre la he querido y la quiero muchísimo, porque es, como me agradan á mí, muy monilla y muy guapa. Me adora y me....

GARCIA. Vas á casarte con ella? Si te casas, me detendré con mis títeres en este pueblo, para hallarme en tu boda.

DIAZ Eso mismo iba yo á decirte. Ayer tarde la pedí á Pedro Fernandez su padre, que es ~~este~~ jardinero de don Fernando el padrino de Celestinita. Espero su respuesta; pero qué respuesta me puede dar? ~~Como~~ puedes hacerte cargo, Pedro Fernandez es un pobre payo, y se dará por muy honrado en tener por yerno á un hombre, asi, de letras y filósofo como yo. Si me la niega, aguantaré la mecha,

y tendré paciencia. Muchos marqueses y condes conozco yo mas tiesos que un garrote, que se pasean tan serenos, y llevan cada dia mas calabazas que un macho de un verdulero. Ya digo, lo sufriré, y no me tengo por menos que el primero, ~~tanto de los antiguos como de los modernos.~~ Aquí llega Celestinita. Mira qué cara de serafin.

ESCENA II.

DICHOS, CELESTINA.

CELESTINA. Buenos dias, mi primo.

DIAZ. Buenos te los dé Dios, querida. No tengas rezelo ninguno. Garcia es amigo mio, y puedes hablar con franqueza delante de él. ¿Donde está tu padre?

CELESTINA. En el palacio. doña Gregoria y don Fernando han llegado ya. Todo va disponiéndose muy bien; pero temo....

DIAZ. Qué temes, niña mia? qué temes?

CELESTINA. No se asuste usted. Mi padre no me ha dicho nada de positivo; pero yo adivino que....

DIAZ Á GARCIA. Qué viva es! es una pimienta! Y ademas tiene un cierto respeto á su maestro y amante! Yo la manejo como quiero, y ...

CELESTINA. Tu primo Diaz, me ha dicho ~~mi padre~~, es bueno, y nos honra mu-

cho en pedirte para su esposa; pero es de mas edad que tú.- Mejor, padre mio, con eso me amará y complacerá mas.-Es pobre.- Tambien usted lo es.- Pero tu padrino don Fernando me ha prometido casarte á su gusto. Ahora, si muriese aquel pariente que ha hecho tan grande fortuna en la América, y nos dexase alguna cosa.... Diaz es pariente mas cercano que nosotros, y....

DIAZ. Si. Ramirez es primo hermano mio; pero se habrá casado allí, ó habrá muerto, que es lo mismo. Quién sabe? Mas de doce años ha que no hemos recibido carta suya. Yo nada espero por ese lado.

CELESTINA. En fin, me ha dicho, no me negarás, hija mia, que su padre fué un loco en haber gastado quanto tenia en darle estudios, y que por eso se halla sin un quarto. Y un mozo como ese, con tantos cursos de universidad, verse reducido á ser maestro de escuela y escribiente de este pueblo infeliz! Eso es pereza, eso es holgazanería, me ha dicho mi padre.

DIAZ. Y qué le has respondido tú, alma mia? Le habrás dicho, por supuesto, que eso es filosofía, y que si no tengo cargos honoríficos, y empleos de la mas alta consideracion, es porque conozco que los bienes de este mundo son despreciables por viles y pasageros, y....

CELESTINA. Yo no le he dicho nada de eso, sino que le doy palabra de obligar á usted, despues que estemos casados, á que se dexe de todos sus principios y atienda solamente á desempeñar el empleo que don Fernando nos conseguirá en Madrid, ó en otra parte por ahí....

DIAZ. Pero imaginas tú que yo?... Casémonos, y venga despues lo que viniere. Ya sé que en siendo marido habré de tirar de la carreta como los demas, aunque les pese á mis tripas.

GARCIA. Eso te aconsejo. Déxate gobernar por tu muger, que es lo mejor.

CELESTINA. No tenga usted cuidado, señor Garcia. Yo lo manejaré, y le daré gusto.

DIAZ Á GARCIA. Pasaremos una vida de ángeles. Es muy hermosa, muy bonita. Amigo, voy á ser feliz con esta muchacha, muy feliz.

CELESTINA. Aquí llega mi padre ya.

ESCENA III.

DICHOS. PEDRO FERNANDEZ.

PEDRO. Buenos dias, señores. Hola! Garcia está aquí? Si supiera usted quanto me reí anoche con don Cristobal de Polichinelo! Vamos, yo me caia de risa. Y qué moral!

GARCIA. Oh! si, la moral. Yo nunca omito

la moralidad, porque en eso está todo el busilis de una representacion teatral (segun algunos maestrazos) en convertir á los pecadores ó espectadores con máximas de moral. Oh! Si hay algunas comedias que hacen llorar!

PEDRO. Vea usted qué primer. Aquí estarán inquietos hasta saber mi respuesta. No es esto? Pues hijos, yo consiento en que os caseis.

DIAZ. Es verdad? Lo consiente usted?

CELESTINA. Ay padre mio! Quánto se lo agradezco á usted!

PEDRO. Pero es con la condicion de que don Fernando no lo lleve á mal.

CELESTINA. Ay padre! No, por Dios. Quién sabe si mi padrino lo llevará á bien? Á mí no me gusta eso, padre mio. No se lo diga usted.

PEDRO. Es preciso, hija mia. En quanto se han apeado del coche me ha mandado llamar, para preguntarme de su jardin y de su anijadita. Es un señor muy bueno, excelente. Solo que tiene un genio algunas veces tan altivo y tan fuerte.... Pero los señores son asi por un regular. Doña Gregoria es tambien muy buena señora, y ha sido tan linda y tan agraciada.... Es preciso que sus mercedes nos presten su consentimiento, y tambien seria bueno que lo consultásemos con el señor cura

don Atanasio, y con don Mamerto nuestro doctor.

DIAZ. Si, con todo el mundo, pará que sea á gusto de todos. Yo creia que á estas horas les hubiera usted ya dicho alguna cosa sobre el particular.

PEDRO. Habia pensado decírselo á don Fernando; pero la verdad, no sé como. Quando iba á hablarle, me ha despedido. Mejor será que Celestina se lo diga.

CELESTINA. Yo, padre mio! Yo solita no puede ser, porque me da una vergüenza...

PEDRO Pues bien, yo te acompañaré. Y tú, Diaz, ya sabes qué dote puedo yo dar á Celestina. La daré todo el axuar de su madre. Tú tampoco tienes mas dote que tu talento y tus cursos, y asi pronto está despachada la escritura matrimonial.

DIAZ. Cierto, pero para qué necesitamos escritura ni nada de eso? Eso es hacer gastos sin necesidad. Nada, nada de escritura ni de papeles. Las amonestaciones, la bendicion del señor cura don Atanasio, las bodas, y se acabó la presente historia.

PEDRO. No necesitamos nada mas?

DIAZ. No, señor. Nada mas.

GARCIA. Yo prometo asistir á las bodas con don Cristobal de Polichinelo y demas actores de madera de mi espectáculo. Voy á ese pueblo inmediato á disponer mis asuntos para quedar enteramente desocu-

pado. No faltaré. Primero ha de faltar el sol.

PEDRO. Está bien.

ESCENA IV.

PEDRO. DIAZ. CELESTINA.

PEDRO. Conque no hemos de hacer escritura? eh?

DIAZ. No señor. No es necesaria.

PEDRO. Si nuestro pariente Ramirez nos enviase algun socorrito, ó....

DIAZ. Quien? El indiano? No tenemos noticia ninguna de él, ni sabemos en donde para. Se habrá casado por allá, ó habrá hecho quiebra. Quién sabe? Apostaria la camisa á que ya no se acuerda de mí. Ademas la escritura solamente es necesaria para los viudos, y otros que se casan sin esperanza de tener hijos; pero nosotros! Nosotros no estamos en ese caso. No es esto, Celestina?

PEDRO. Dices muy bien. Vamos los tres ahora mismo á hablar á don Fernando?

DIAZ. Don Fernando, don Fernando!.... Pero quién viene á ser ese señor don Fernando, para que le tengamos tanto respeto? Don Fernando es un hombre como usted y como yo, lo mismo. Todo su mérito se reduce á tener dinero. Su señora

hermana doña Gregoria lo mismo. Es bonita, cierto; pero frívola, desdeñosa y presumida, si las hay.

PEDRO. Con todo, yo los honro y estimo porque al fin siempre es bueno estar bien con los ricos, que algo se pega. Don Fernando es un poco vano; pero tiene buen corazon. Es activo, y si nosotros nos hallásemos en su pellejo, lo seriamos tambien. Yo quisiera tener lo que él tiene, y tu tambien quisieras ser rico, á pesar de tus filosofías y cursos. No es verdad?

DIAZ. Oh! Si yo fuese rico, lo que no deséo por cierto....

CELESTINA. Padre, padre, por este lado vienen don Fernando y doña Gregoria.

PEDRO. Muy bien. Esta es buena ocasion de hablarles.

CELESTINA. Si, ésta es la ocasion. Usted me ayudará: no es esto, padre?

PEDRO. Espera. Mejor será que nos pongamos de acuerdo primero, y volvamos despues.

CELESTINA. Si, tiene usted razon. Vamos á ponernos de acuerdo.

DIAZ. Grandemente. Date prisa en presentarte á tu señor padrino; pero mira, Celestina. Eso no es mas que un paso que se da por mera urbanidad. Señor Pedro Fernandez, la felicidad no consiste en las riquezas, sino en la paz y tranquilidad del ánimo. Voy á concluir un soneto que

tengo comenzado á este asunto, y volveré despues. Dame á besar tu bella mano, Celestina. Padre mio, me lo permite usted? (*La besa y entra á su despacho.*)

PEDRO. Buen muchacho! Es un dolor que sea un poco atronado. Con su ciencia y su espiritu podria ser para todo.

CELESTINA. Ya se acercan, padre mio. Retirémonos.

ESCENA V.

DON FERNANDO. DOÑA GREGORIA. ANDRES.

DON FERNANDO. Soberbio pescado! Magnífico! Tenemos perdices, Andres?

ANDRES. Si señor. Algunas hay.

DON FERNANDO. Pon tres cubiertos, y si hubiese algunas cartas para mí, que me las traigan al momento. (*Andres se va.*) Estas malditas letras tardan en llegar. Oh! Llegarán. Pero Valbuena qué cumplido, qué atento! Apenas sabe nuestra llegada al palacio, quando nos avisa que vendrá á acompañarnos á comer. Buen amigo!

DOÑA GREGORIA. Aunque estuviesemos aquí todo el año, creo que no faltaria un dia. Eso es particular.

DON FERNANDO. Tanto mejor. Es excelente. Muy atento y muy amigo de dar gusto á todos.

DOÑA GREGORIA. Si: es glotón, charlatin, afectado....

DON FERNANDO. Tanto mejor. Por todas partes va elogiando mi mesa y mi esplendidez, y esto nos hace honor. Eso es lo que exijo yo de las gentes; que no sean ingratas. Pero volviendo á nuestro asunto, los fondos están ya empleados, y dan una soberbia ganancia. Es un gran negocio seguramente.

DOÑA GREGORIA. Lo creo. Pero poner toda mi fortuna y la tuya en manos de una casa de comercio de Cádiz!....

DON FERNANDO. En casa de los señores Junguitu, Asteguieta y compañía. El señor Junguitu, socio principal, es activo é inteligente en asuntos mercantiles. No hay cuidado. Es casa muy solida. No tiene hipotecado el palacio? Qué quieres mas? Yo solo corro la suerte. Soy muy dichoso en ciertos juegos de azár, y espero que tu dinero y el mio en poco tiempo han de duplicarse, triplicarse, quadruplicarse.... Que sé yo?

DOÑA GREGORIA. Siendo asi, me tiene muy chisima cuenta haberte entregado todo mi caudal, habiendo muerto mi marido. Gracias á tu cuidado, voy á ser una viuda bastante rica, y como soy jóven, todavia puedo volver á casarme.

DON FERNANDO. Ya se ve que si. Nada hay

rás que no hayan hecho otras muchas. Yo no pienso en casarme, porque el buey suelto se lame bien, y yo me atengo á eso. Que gire allá la casa de Cádiz con nuestros fondos y los suyos, y se devanen los sesos así los socios como los dependientes, con pólizas, pagarés, contratas, letras, y otros laberintos. Yo en Madrid, ó en mi tierra, iré pasando alegremente los pocos dias que pueda vivir en este valle de lágrimas. La caza, la mesa, el juego, los amigos, las botellas, las buenas mozas... Con eso poco me contento, que no soy amigo de pedir muchas gallorias.

DOÑA GREGORIA. En la corte vivirémos mucho mejor. Con bayles, músicas, paseos, teatros, palurdos de las provincias de quienes burlarnos, y tertulianos que nos diviertan, pasaremos una vida envidiable.

DON FERNANDO. Ya se ve que sí. Viviremos siempre unidos como buenos hermanos. Sigamos nuestro paseo.

ESCENA VI.

DICHOS. PEDRO. CELESTINA.

PEDRO Á CELESTINA. Vamos, anda. No seas así.

DOÑA GREGORIA. Es Celestina?

DON FERNANDO. (*sonriendose.*) Buenos dias, hi-

ja mia. Mira, Gregoria, mira. Va cr
ciendo que es un horror. Es ya muge
Es muy bonita. Mírala bien.

DOÑA GREGORIA. Con efecto. Si tuviese m
ayre y mas manejo, sería buena moza.

CELESTINA. Señor padrino, yo que... So
vengo á saludar á ustedes, y á darl
la bienvenida; pero yo queria... (*Apar
á su padre.*) Padre mio, ayúdeme uste

PEDRO. Señor don Fernando, mire usted.
Esta mañana se lo queria decir; pero n
ha habido tiempo, ni... Pues señor, l
que yo quería decir es que esta se casa, y.

DON FERNANDO. Cómo! Tan pronto? Es n
ña aun....

CELESTINA. Ya tengo diez y seis años y me
dio, señor padrino. Ayer en ocho lo
cumplí.

DOÑA GREGORIA. Y con quién vas á casa
á tu hija, Pedro?

PEDRO. Con el maestro de la escuela, señora

DOÑA GREGORIA. Con quién? Con ese po
bre diablo?

DON FERNANDO. Eh! No pienses en eso, Pe
dro. Vas á hacer un disparate. Con es
estudiantón? Pedro, no pienses así.

PEDRO. Por qué, señor? Pues si ellos....

DOÑA GREGORIA. Celestina! Yo no creía qu
tuvieses tan mal gusto. Quita! Quita!

PEDRO. Lo cierto es que....

DON FERNANDO. Lo cierto es que tu hija s

merece un novio mucho mejor, porque es muy amable, y muy preciosa: sí.

PEDRO. Yo, lo que á ustedes les parezca.

DON FERNANDO. Marcelo siempre será un pobre, porque gasta todo quanto gana.

PEDRO. No es rico, es verdad. Todo lo gasta.

DON FERNANDO. Yo quiero mucho á mi ahijadita.

DOÑA GREGORIA. Y yo tambien; pero no quiero que la case con Diaz. La casaremos con algun buen mozo, mas adelante.

PEDRO. Oyes, niña? Tu señor padrino piensa sobre esto mejor que nosotros, y hace reflexiones que no se me habian ocurrido á mí.

CELESTINA. Perdone usted, padre. Las mismas hacía usted tambien.

PEDRO. El señor don Fernando y la señora doña Gregoria lo dicen solo por tu provecho, y porque me estiman y desean tu bien.

DOÑA GREGORIA. Es verdad. Pero yo no creo que la niña este prendada de un maestro de escuela.

CELESTINA. Señora, yo....

ESCENA VII.

DICHOS. ANDRES.

ANDRES. Aqui tiene usted una carta que ha

venido por el correo. Parece de Madrid porque viene sin sello.

DON FERNANDO. De dónde dices? De Madrid

ANDRES. Si señor. De Madrid.

DON FERNANDO. Bueno. Noticias de Cádiz Apuesto á que están aquí las letras d cambio Si, ellas serán.

DOÑA GREGORIA Pueden ser. Mira pront si son las letras.

ESCENA VIII.

DICHOS. DIAZ.

ANDRES. Buenos dias, amigo Diaz. (*vase.*

DIAZ. Buenos te los deseo, Andres. Celesti na, qué tenemos?

CELESTINA. No quieren, ni mi padre quer rá ya tampoco, porque....

DIAZ. Yo le hablaré. Señor don Fernando Mi señora? Yo....

DON FERNANDO. Qué se ofrece, señor caba llero? Ya he dicho á Celestina y á Pedro l que pienso acerca del consabido proyect del casamiento. Ellos pueden hacer lo qu les parezca, y tú tambien. Si te la da, buen provecho te haga; pero no teneis que con tar conmigo en vuestra vida para nada.

DIAZ Pero, señor, si....

DON FERNANDO. No te canses. Déxame leer..

DIAZ. Señora, usted....

DOÑA GREGORIA. Déxanos en paz, tabardillo.

PEDRO. Déxales que lean sus cartas, hombre.

DON FERNANDO. (*Lee la carta.*) No nos muelas. Pero Dios mio! Pobre de mí! Qué fatalidad!

DOÑA GREGORIA. Qué te sucede, Fernando?

DON FERNANDO. Qué ha de sucederme? Dios mio! Adios mi caudal! Adios el tuyo! La casa de comercio de Cádiz se ha presentado en quiebra. Qué fraudulentos! Dios mio! Qué pícaros!... Antes que percibiesen nuestros fondos, ya sabian ellos que habian de quebrar.

DOÑA GREGORIA. Qué dices? Es posible?

DON FERNANDO. Son unos malvados, unos perversos, unos ladrones aquellos comerciantes indignos; y yo les quebraría á ellos todos sus huesos. Ladrones! Ladronazos! Para qué son las horcas y los verdugos, santo Dios?

DOÑA GREGORIA. Cielos! Han hecho quiebra?

DON FERNANDO. Nos han dexado en la calle, y sin un quarto antes de percibir un ochavo de interes. Desdichado de mí!

DOÑA GREGORIA. (*Se desmaya.*) Yo me muero.

CELESTINA. Ay! A la señora le ha dado algun mal.

DON FERNANDO. Socorredla. Yo voy á tomar ahora mismo la posta. Es preciso que yo vaya, corra, vuele, y... Luego, luego... que me traigan los caballos.... Que no se tras-

luzca nada de esto.... Es una noticia falsa sin duda; pero aunque sea verdadera, nos quedan aún amigos y recursos, y yo quedaré siempre opulento. (*vase.*)

CELESTINA. Señora, señora...

DOÑA GREGORIA. (*Volviendo en sí.*) Amigos, buenos amigos, Diaz, por Dios os ruego que no me abandoneis... Dexadme. Iré con mi hermano... Es un necio, un atronado, un aturdido... Por haberme fiado de él, me veo por puertas y sin un ochavo. Ah! demasiado merecido lo tengo.

ESCENA IX.

PEDRO, DIAZ, CELESTINA.

PEDRO. Vaya! Vaya! Quién nos diría que?... Qué desgracia! Yo estoy absorto y lelo!

CELESTINA. Pobre señora! Qué rato tan malo ha pasado! Lástima es.

DIAZ. Les compadezco. Se afligen con harta razon. Qué feliz soy yo por esta mi firmeza de ánimo! Nosotros nada podemos hacer para remediar la desgracia que les ha ocurrido. Se han fiado de comerciantes. Los comerciantes no tienen cosa segura.... Con sus barcos y con sus asuntos, con las paces y con las guerras, todo lo tienen en el ayre. Son como los naypes que ponen los niños en pié. En

cayendo uno, caen lo ménos otros cinco ó seis. Ahora no nos negará don Fernando su consentimiento. Lo que son las cosas del mundo! En un momento se cambian.

PEDRO. Pobre señor! Yá no....

DIAZ. Siempre quedará rico, segun dice; y tiene amigos y recursos. Pero en fin, parece que tendrémos boda. No es esto?

ESCENA X.

DICHOS. RUIZ.

RUIZ. (*Entra sofocado.*) Á usted vengo yo á buscar, Diaz.

DIAZ. Á quién? Á mí? Y para qué?

RUIZ. A usted. Espere usted un poco.... He corrido tanto! Déxeme usted respirar.

DIAZ. Ya sé poco mas ó ménos á qué vendrá usted. Habrá oido usted hablar de mi casamiento. Todavia no sabemos si es necesaria la Escritura, ó....

RUIZ. No se trata de eso. Es otra cosa muy diversa.... Uno de mis compañeros de Madrid está en mi estudio, y....

DIAZ. Que trae de nuevo ese señor escribano?

RUIZ. Que Ramirez su pariente de usted....

DIAZ. Mi primo? El indiano? Hay alguna noticia de él? Cómo está?

RUIZ. Ha muerto.

DIAZ. Ha muerto? Triste noticia! Lo siento

muchísimo. Y para eso venia usted tan sofocado y corriendo? Diga usted

RUIZ. Ha muerto soltero y sin hijos, y riquísimo. En virtud de un testamento válido y verdadero, ha instituido á usted su único heredero dexando poco mas ó ménos cincuenta y cinco mil pesos de renta, y....

DIAZ. Hola! Hola! Eso tenemos? Escribano, qué me dice usted? Es positivo lo que usted acaba de decir? Esa es harina de otro costal.

RUIZ. Si señor. Su primo de usted don Pablo Ramirez y Acevedo lo ha dispuesto así en su testamento cuya copia acabo de recibir, para que conste donde convenga y mas haya lugar en derecho.

DIAZ. Quánto dice usted? Cincuenta y cinco mil pesos de renta? Y para qué mas haya lugar en derecho? Una friolería es.

CELESTINA. A él, señor escribano?

DIAZ. Sí, á mi. Señor Pedro, Celestina, Escribano, quiero abrazar á ustedes, denme ustedes un millon de abrazos. Estoy loco de contento con esta nueva. Si me haré vano yo tambien con esta renta! No hay cuidado. Siempre seré el mismo Marcelo. (*Canta y bayla.*) Pero donde está ese señor Escribano Matritense que me ha traido tan buenas noticias? Vamos á verlo.

RUIZ. En mi casa está. Viene rendido. So-

lo aguarda la visita de usted para meterse en la cama.

DIAZ. Vamos á verlo ahora mismo. No lo tengamos esperando. Vamos.

RUIZ. Vamos allá.

CELESTINA. No cierra usted su despacho?

DIAZ. Qué vale esa miseria? Eso no vale nada. Que me roben y que me saqueen, no importa. Todo ello no vale un caracol. Quema los muebles, ó arrojalos si quieres á la calle, que no los quiero ya. Ya no quiero yo esas tiñerías. Los cincuenta y cinco mil pesos de renta anual nadie me los quita, y con ellos tengo lo bastante para ser un gran caballero, y... (*Arranca la muestra.*) Vayan al diablo el oficio de Escribiente, y la muestra, que todo ello es una indecencia.

ESCENA XI.

PEDRO. CELESTINA.

PEDRO. Dios mio! Qué sucesos tan raros! Yo estoy lelo! Celestina, sigámosles. Tal vez el testamento contendrá algunas mandas para nosotros y los demas parientes.

CELESTINA. Padre, ya no podemos ménos de hacer la escritura matrimonial, porque mi novio tiene mucho dinero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GREGORIA. DON FERNANDO.

DOÑA GREGORIA. Adónde corres tan ligero?

DON FERNANDO. Qué sé yo, muger? Este palacio ya no nos sirve de nada, y es necesario que tratemos de venderlo.

DOÑA GREGORIA. Pero quién nos dará en el dia lo que te costó?

DON FERNANDO. Ese es el asunto; pero lo darémos barato.

DOÑA GREGORIA. Fernando, es preciso que mudes de genio y de conducta. No quisiera afligirte, porque estás demasiado afligido; pero mira los efectos, mira las conseqüencias de tu rara inteligencia en asuntos mercantiles. Y yo, por haberme fiado de tí, verme ahora obligada á dexar las modas, á disminuir mi tren y mi gasto, á quedar viuda, á vender mis joyas, y mi coche! Ah! qué martirio! Yo me muero. Me muero sin remedio.

DON FERNANDO. Muy bien. Dices que no quieres afligirme, y me llenas de tormentos. Gregoria, Gregoria, todos tenemos la culpa. Si hubieras tenido tú un genio eco-

nómico y hubieras puesto un poco de órden en la casa.... Pero yo veré si podemos seguir brillando, aunque sea á costa de algunos empeños. Pediré prestado algun dinero, y jugaré hasta hacer una nueva fortuna. Pero temo; porque no soy mas tonto que quando hice la primera.

DOÑA GREGORIA. Eso es. Abándonate á tus proyectos quiméricos, para acabar de perderlo todo. Y haberte dexado escapar tan funesta noticia delante del jardinero, Celestina, y Diaz! Apuesto á que en todo el pueblo no se habla ya de otra cosa; pero marcha, marcha á Madrid... Yo tambien iré. Vamos los dos. No: aquí te esperaré. Marcha á vender tus haciendas.

DON FERNANDO. No pienso salir hasta la tarde. Quiero hablar antes á Valbuena. Me dará algun consejo, porque nos estima y me debe obligaciones, y es nuestro amigo.

DOÑA GREGORIA. No seas tonto. En donde has visto tú algun hombre desgraciado que tenga amigos? Yo no quiero volver á verlo.

DON FERNANDO. Qué resolveré? Qué haré? Me quedaré? Me marcharé? No sé que determinar.

ESCENA II.

DICHOS, DIAZ (*con gasa en el sombrero.*)

DIAZ. (*Mirando atras.*) Señor Escribano, no se canse usted. Yo me siento mejor que nunca. Señora? Señor don Fernando?.... Voy á ver si encuentro mis papeles... Son necesarios, segun me dicen los escribanos, para darme la posesion de mi herencia. El Escribano venia conmigo; pero le he dexado atras, porque el gozo me dá alas. Ya me he puesto luto. Cincuenta y cinco mil pesos de renta! Amigo Diaz, eres ya un hombre, eres muy hombre, un hombre de pesos. (*Entra en su despacho.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO. DOÑA GREGORIA.

DON FERNANDO. Qué dice el Maestro?
DOÑA GREGORIA. Si se burlará de nosotros?
DON FERNANDO. Cincuenta y cinco mil pesos de renta!
DOÑA GREGORIA. Que el gozo le dá alas? Qué va á tomar posesion de la herencia!
DON FERNANDO. Y el luto que se ha puesto! Ha perdido el juicio sin duda.
DOÑA GREGORIA. Siempre ha sido medio lo-

co; pero ahora está loco enteramente.

ESCENA IV.

DICHOS. RUIZ.

RUIZ. Cómo corre usted! Señor don Fernando? Mi señora? Yo....

DON FERNANDO. Señor escribano, qué le ha sucedido al maestro?

RUIZ. Ha heredado á un primo riquísimo que ha muerto en Lima. Tiene lo ménos cincuenta y cinco mil pesos de renta anual, y ademas....

DON FERNANDO. Quién? El maestro?

DOÑA GREGORIA. Vamos pues.

RUIZ. Yo tengo el testamento en que consta y otros varios papeles que aun es necesario exâminar.

DON FERNANDO. Cincuenta y cinco mil pesos de renta un maestro de escuela?

DOÑA GREGORIA. Y de renta?

RUIZ. Si señora, de renta anual.

DOÑA GREGORIA. Ah fortuna, ~~fortuna~~, qué varia eres y qué mudable!

RUIZ. Aunque la echaba de filósofo, no desprecia las riquezas. Está loco de contento, y solo habla ya de adquirir, comprar, vender....

DOÑA GREGORIA. De comprar habla? Bueno.

RUIZ. Despues que haya vendido las tierras

que tiene lejanas, piensa comprar una c
sa en Madrid, y tambien comprará h
ciendas por estos pueblos, si tiene pr
porcion.

DOÑA GREGORIA. Por estos pueblos? No ma
ches ya, Fernando.

DON FERNANDO. Te comprehendo, Gregori

RUIZ. Para mí muy bueno es. Tendré qu
trabajar, y como tengo por mi parte
Diaz....

DON FERNANDO. Y tambien á nosotros, se
ñor escribano; ya lo sabe usted.

DOÑA GREGORIA. Ya Diaz habrá referido
usted lo que nos sucede.

DON FERNANDO. Cosas de este mundo qu
no se pueden remediar.

RUIZ. Ah! si. Diaz no me ha dicho nada
Está bastante ocupado con sus asuntos
El jardinero y su hija me han dicho al
guna cosa de paso. Lo siento como si fue
ra cosa mia.

DON FERNANDO. Esta sensible noticia nos e
sumamente incómoda; pero la desgracia n
es del todo funesta, aunque exîge de nues
tra parte algun arreglo y alguna econo
mía. Supongo, este palacio, como ya n
nos es del caso, se lo venderíamos á Diaz
si nos diese por él lo que costo, ó algu
na cosa ménos.

RUIZ. Creo que he de tener en mi casa una
razon de su costo, desde que hice la es

critura de venta. Hablaré á Diaz.

DOÑA GREGORIA. Descuidamos en usted. Se lo venderemos en...

RUIZ. En lo que sea razon.

DOÑA GREGORIA. Darémos á su muger de usted para alhileres.

DON FERNANDO. Y á usted para refrescar, como se acostumbra.

RUIZ. Vaya pues, señores: está bien. Yo lo tomo á mi cargo. Haré lo que pueda, no por el interés, sino...

ESCENA V.

DICHOS. DIAZ.

DIAZ. Aquí están mis papéles. Todo lo he revuelto. No podia encontrarlos, aunque estaban tan á la vista, que los tenia entre manos. Ésta es la fe de Bautismo, y ésta otra la fe de muerto de mi padre que esté en el cielo. Válgame Dios! Qué alegre estaría ahora mi buen padre al verme con cincuenta y cinco mil pesos de renta anual! Ésta es la fe de casamiento de mis padres, y....

RUIZ. No necesitamos mas. Luego que se haya despertado mi compañero el escribano de Madrid...

DIAZ. No hay tanta prisa, amigo. Déxele usted descansar. Nos sobra tiempo para eso en todo el dia.

DOÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Vamos, hablale.

DON FERNANDO. (*Aparte.*) Quanto esfuerzo me cuesta! Pero no hay remedio, pues le necesito.

DIAZ. Con qué descanso, con qué comodidad, y con qué gozo respira uno quando es rico! Es mucho asunto.

DON FERNANDO. Ya nos ha dicho el señor escribano el feliz acontecimiento que...

DIAZ. Oh! señor don Fernando!

DOÑA GREGORIA. Damos á usted mil enhorabuenas, señor don Marcelo.

DIAZ. Mi señora doña Gregoria! Yo no habia reparado en ustedes.

DON FERNANDO. Nos alegramos muchísimo.

DIAZ. Lo creo. En quanto á mí, no hay cuidado, siempre seré el mismo. Las riquezas no hacen en mí ninguna impresion. Las miro con absoluta indiferencia. Esta mañana apenas se dignaban ustedes de mirarme siquiera, pero...

DON FERNANDO. Señor!

DIAZ. No es extraño. Como yo no era sino un qualquiera, un escribiente, un maestrecillo de poco mas ó menos... Ahora ya es otra cosa. Soy rico, muy rico, y siento muchísimo la desgracia de ustedes.

DOÑA GREGORIA. Yo quisiera...

DIAZ. Y qué les parece á ustedes lo que está pasando por mí? El caso es muy singular. Despertarme esta mañana sin un

echavo, y hallarme ahora con cincuenta y cinco mil pesos de renta anual! Digo: es un grano de anis? Perdonen ustedes. Yo no trato de afligirles mas. Pobre Ramirez!

DON FERNANDO. Podré yo?...

DIAZ. Saben los cielos que hubiera yo querido mas repartir con él en vida la fortuna que habia hecho, que no tener el disgusto de perderlo y heredarle; porque al fin pierde uno un buen amigo que vale infinitamente mas que todo el oro del mundo. No convendria asi, y es preciso que uno se conforme con la suerte. Pienso traer luto rigaroso, como si fuese padre mio, porque bien mirado, bastante padre es el que le dexa á uno su dinero, pues le da una segunda existencia.

DOÑA GREGORIA. Es asi.

DIAZ. Siempre de luto. Ah! Mas luto tengo en el corazon. Pero tambien por otro lado, parece cosa extraña é impropia que se vista de negro el que tiene unos cincuenta y cinco mil pesos de renta! De negro solamente deberian vestirse los abates, los estudiantes, y los poetas, gente de poco pelo. Bien que yo siempre he sido y seré sencillo, filósofo, y...

DON FERNANDO. (*Aparte.*) Qué taravilla de hombre! Todo se lo habla, y á nadie dexa hablar palabra ni media.

DIAZ. Esto lo estaba yo viendo venir. Mi

primo se habia informado de mí. El amigo Garcia qué admirado va á quedarse quando lo sepa! Veremos si sostiene todavia que es casi imposible dexar de envanecerse uno con las riquezas. Yo le haré ver que el hombre de carácter... Celestina su ahijada de usted, señor don Fernando, se hallaba presente quando recibí la noticia. Pobrecita! Yo la quiero. Es una linda muchacha. Sabe usted que en un abrir y cerrar de ojos me he hecho yo un novio mas que regular?

DON FERNANDO. Oh! Si señor. Lo creo. Usted...

DOÑA GREGORIA. Efectivamente, otras mas bonitas y de mayer mérito quisieran...

DIAZ. Mientras creian ustedes que yo era un pobre descamisado, venia en posta el testamento, y era en efecto un señorón con cincuenta y cinco mil pesos de renta anual.

DON FERNANDO. Es cierto que en el dia pudiera usted pretender... (*Aparte.*) Me ocurre una idea, Gregoria.

DOÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Alguna locura será. Háblale de la venta, y dexa lo demas.

DIAZ. Ella me quiere mucho, y yo... Ah! sin duda, señor escribano, qué empleo hemos de hacer de mis fondos? No sería bueno?...

RUIZ. Quisiera tratar con usted sobre eso. Si usted quisiera comprar á don Fernando su palacio...

DIAZ. Don Fernando! Vende usted el palacio? Yo se lo compro á usted.

DON FERNANDO. Es cierto?

DIAZ. Ahora mismo. Pida usted por él lo que quiera.

DOÑA GREGORIA. Bueno.

DIAZ. Fixe usted el precio. Daré lo que valga en dinero metálico. Palacio, muebles, coche, cocheros, caballos, cocinero, todo me viene como de molde. Con eso me encuentro con la casa puesta, y me quito de ruidos, y...

DON FERNANDO. Todo lo quiere usted? Ah señor! Qué consuelo tan grande es para mí que mi palacio pase á poder de un hombre tan franco y corriente! Desde ahora es usted dueño de nuestro palacio y de quanto en él hay. Todo se lo cedo á usted. Excepto mi chuchito, y la doncella de mi hermana, la demas familia quedará á servir á usted. Buena gente!

DIAZ. Á todos ellos los conozco, y hay allí una tal Mariquita, que no me parece costal de paja. Yo me compondré con todos ellos. No hay cuidado. Don Fernando, tratemos alegremente este negocio. Yo cargaré con el palacio: quiere usted cargar con mi despacho?

DON FERNANDO. Ay Diaz! Qué epígrama!

DIAZ. Eso no es mas que una chanzoneta, sin ánimo de ofender á usted. Quedan á

ustedes aún muchos recursos y amigos. No es verdad? Y sobre todo, aquí estoy yo que serviré á usted con sumo gusto en todo lo que pueda. Señor escribano, bien puede usted ir haciendo la escritura de venta.

RUIZ. Don Fernando pagó, segun creo, por el palacio solo, sin muebles ni mejoras, quatro cientos mil reales de vellon.

DON FERNANDO. Lo pondrémos en tres cientos mil. Es mucho?

DIAZ. Es de valde. Los vale como un ochavo.

DON FERNANDO. No tiene mas hipotecas que la de mi hermana.

RUIZ. La mitad de contado, y la otra mitad con plazo de dos meses.

DIAZ. Cabal. Despache usted, escribano, que las plumas se hicieron para volar.

DON FERNANDO. Sí: haga usted quanto antes la escritura.

RUIZ. Al instante la hilvanaré. Esto es lo que queremos los escribanos, que todo se revuelva y trastorne. Si la fortuna y los hombres fuesen constantes y seguros, nos comeriamos los codos de hambre.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS RUIZ.

DIAZ. Qué fortuna tan loca la mia! Ya tengo palacio, coche.... y qué se yo?....

¿Mirando,

DOÑA GREGORIA. Ya tengo asegurado mi caudal.

DON FERNANDO. Ya tenemos dinero efectivo.

DIAZ. Negocio concluido mas pronto es imposible. No es verdad?

DON FERNANDO. Doy á usted mil enhorabuenas.

DOÑA GREGORIA. Y yo otras tantas, señor don Marcelo.

DIAZ. Nada de eso. Yo soy quien debo dar y doy á ustedes la enhorabuena, ó por mejor decir, démonosla los tres unos á otros recíprocamente. Quando podré ir á ocupar mi palacio?

DON FERNANDO. Quando usted quiera.

DIAZ. No hay prisa ninguna.

DON FERNANDO. Yo soy tan corriente como usted, y pienso salir para Madrid despues de comer.

DIAZ. Por qué, don Fernando? Dexaré á ustedes habitacion en el palacio. No. Daré á usted un asiento en mi coche, que yo tambien voy á Madrid. Esta haciendita no llena todavia mis ideas. Iremos juntos á la Corte. Esto no agradará mucho á Celestina; pero yo la quiero mucho, aunque es preciso que éste acontecimiento dilate nuestro enlace. Quiero ir á Madrid, porque ha ya mucho tiempo que falto de allí. Usted irá á sus asuntos: á cobrar, ó á ganar algun dinero. Yo voy á gastarlo,

á divertirme, á gozar... Veré si puedo conseguir la cruz de Cárlos tercero, ú otra cosa asi, y...

DOÑA GREGORIA. Yo creo que va usted á perder el juicio, señor.

DIAZ. Estando cerca de usted, señora, no será mucho que lo pierda.

DOÑA GREGORIA. Requiebros?

DIAZ. Y por qué no? Todo se lo merece usted. (*Ap.*) Esta me agrada, porque aun le queda un dote regular. Vamos á ver esta haciendita, si á usted le parece, señor don Fernando.

DON FERNANDO. Vamos pues, si usted...

ESCENA VII.

DICHOS, ANDRES.

ANDRES. Señor, ya están puestos los caballos.

DON FERNANDO. Quítalos. No marcho hasta la tarde. Voy á tomar la posta. Andres, ya no estás sirviendo en mi casa.

ANDRES. Cómo ha de ser! Paciencia. Conozco que ya no necesita usted de mis servicios. Si supiera usted quanto siento haber de dexar unos amos tan buenos...

DON FERNANDO. Ya te tengo hallado otro amo.

ANDRES. Quién es?

DON FERNANDO. Este caballero.

ANDRES. Quién? Este? Diaz? Tú?

DON FERNANDO. Sí. Diaz, el maestro. Qué te parece?

DIAZ. Tiene cincuenta y cinco mil pesos de renta anual. Te parece grano de anis?

ANDRES. Es posible?

DIAZ. Si, Andresillo. Yo soy tu amo, y te daré el mismo salario y los mismos provechos que te daban don Fernando y doña Gregoria, y ademas...

ANDRES. Señor don Marcelo, bien sabe usted que siempre le he respetado, y... (*Ap*) Voy á mejorar muchisimo.

DIAZ. Bueno, bueno. Vamos á ver ese palacio. Ven tú, Andresito, ven.

DON FERNANDO. Sí, luego iré yo tambien. Tengo que hablar dos palabras á Gregoria.

DIAZ. (*Con gravedad.*) Muy bien. Andresito, ven á acompañarme tú. Dios mio! Qué pronto se acomoda uno á ser rico!

DOÑA GREGORIA. No es tan facil acomodarse á dexar de serlo, no. Buena diferencia hay.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO. DOÑA GREGORIA.

DON FERNANDO. Gran proyecto! Ya que tenemos vendido el palacio, podemos respirar un poco. Diaz es jóven todavia. No es lerdo. Ha sido educado bien, y solo lo

faltaban bienes de fortuna. En una palabra, quiero ver si consigo que te cases con él.

DOÑA GREGORIA. Casarme yo con él?

DON FERNANDO. Sí, tú con él. Qué te parece?

DOÑA GREGORIA. Disparate!

DON FERNANDO. No hay disparate. Bien mirado, es un mozo excelente. Hasta ahora no lo habia yo mirado bien. Es un buen mozo, lo que se llama un buen mozo. De este modo podemos unir nuestra fortuna con la suya.

DOÑA GREGORIA. Hablas de veras?

DON FERNANDO. Por qué no? Es un mozo muy amable, y sobre todo es rico, que en estos tiempos es quanto hay que ser.

DOÑA GREGORIA. Qué proyectos tienes tan extravagantes y ridículos!

DON FERNANDO. Ridículos! Extravagantes! Pues al niño no le parece que tienes tú malas bigoteras. Te echa unas miradas tan tiernas de quando en quando!... Tienes un dote regular, y él, como no ha sabido nunca gastar, necesita para el brillo y adorno de su casa de una muger asi como tú, que sepa de mundo y gaste con esplendidez.

DOÑA GREGORIA. Es cierto eso, pero y Celestina? Qué harémos de esa muchacha?

DON FERNANDO. Celestina! Una aldeana! La hija de un jardinero! A esa, si, á esa la

casará con otro; pero él! El se va á casar contigo. Ya lo verás.

DOÑA GREGORIA. Tú estás soñando; pero sin embargo, no me parece el partido muy malo que digamos, y si él quisiera, yo... Desde luego...

DON FERNANDO. Dexa. Yo me encargo de todo. El amigo Valbuena podrá ayudarnos tambien, que en este oficio es muy buen oficial. Vendrá á comer con nosotros, y yo le encargaré que...

DOÑA GREGORIA. Yo estimo muy poco á tu Valbuena, y desearia que no tratase con nosotros, aunque conozco que pudiera sernos útil.

DON FERNANDO. Ese es el caso. Yo nunca riño con una persona mientras necesito de ella. Aquí llega. Voy á contarle francamente lo que nos pasa.

DOÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Qué vivo es este mi hermano!

ESCENA IX.

DICHOS. VALBUENA.

VALBUENA. Señor don Fernando? Mi señora doña Gregoria? Saludo á ustedes con el mas profundo respeto. Disimulen ustedes el que no haya venido mas temprano á ponerme á su disposicion. He tenido que

venir en borrico, porque en mi pueblo no hay otra especie de caballería. Todos son borricos.

DON FERNANDO. Bien venido, amigo Valbuena.

VALBUENA. Los cielos confundan y aniquilen á los hombres ingratos. Yo no lo soy. Debo á ustedes todo quanto tengo, y me glorio de publicarlo, deseoso de tener ocasiones de manifestar el debido agradecimiento.

DOÑA GREGORIA. Eso bueno es.

VALBUENA. Espero que no me negarán ustedes una gracia que vengo á pedirles, y es que vengan á mi pobre choza, en donde Bárbara mi hermanita, cuyo corazon, igualmente que el mio, se halla penetrado del mas vivo reconocimiento, les espera, deseosa de obsequiarles y servirles. Bien conozco que no podemos recibir á ustedes tan digna y esplendidamente como ustedes lo merecen por tantos y tantos títulos; pero sin embargo, el atractivo de la dulce medianía, la franqueza, la alegría, y las demas ventajas que se gozan en el campo, son muy dignas del aprecio de las almas grandes y sensibles. Y sobre todo, quando considero que ustedes podrán decir allí: „si son felices, lo deben á nosotros," se me saltan las lágrimas de goz

DON FERNANDO. Sé que usted es muy sensibl

VALBUENA. Qué espectáculo tan interesante el de un rico benéfico que va á secar las lágrimas á los lugares donde reinan la miseria y la desesperacion!

DON FERNANDO. Cierto. Es un espectáculo muy interesante; pero yo no puedo secar las lágrimas de nadie, porque no soy rico. Me han arruinando. Me han hecho una quiebra, y me...

VALBUENA. Es posible? Dios mio!

DON FERNANDO. He perdido todo quanto tenia.

VALBUENA. Dios eterno!

DON FERNANDO. He vendido el palacio.

VALBUENA. El palacio! Tan pronto? Cómo? Yo estoy absorto! Esto es muy malo. Y por qué no me lo ha prevenido usted?

DON FERNANDO. Acabo de vender el palacio, y poco antes he recibido esta funesta noticia.

VALBUENA. Eso es muy malo.

DON FERNANDO. Bien sé qué á saberlo, hubiera usted venido al instante.

VALBUENA. Al momento hubiera yo venido.

DON FERNANDO. No lo dudo. Cuento con usted. Es necesario que usted me ayude á efectuar un proyecto que tengo acerca de mi hermana.

DOÑA GREGORIA. Suplico á usted que no haga caso de...

VALBUENA. Por qué, señora? Si puedo servir á ustedes, lo haré con el alma y con la vida. Por desgracia tengo hoy varias

ocupaciones que... Pero sin embargo la dexaré todo. Oh Dios! Qué perdida tan sensible para mí! Y quien ha comprado á ustedes el palacio?

DOÑA GREGORIA. Diaz.

VALBUENA. Quién es ese Diaz? No le conozco.

DOÑA GREGORIA. El maestro de escuela, que acaba de heredar muchísimo.

DON FERNANDO. Al mismo tiempo en que he quedado yo por puertas, por aquellos comerciantes indignos... que Dios perdone.

VALBUENA. Qué cosas! Así es el mundo. Nada hay en él permanente ni solido. Qué feliz soy yo en mi medianía! Unos se arruinan, otros se levantan. Unos pérdidas y mas pérdidas, otros ganancias sobre ganancias. Pero y ese Diaz dónde está? Mucho deseo conocerle. Es amable? Es franco? Es liberal?

DON FERNANDO. Ha ido á ver su palacio. Ahí viene.

VALBUENA. Bello hombre! Hermoso! Qué ayre tan fino y tan amable!

ESCENA X.

DICHOS. DIAZ.

DIAZ. (*Mirando á dentro.*) Basta, basta. Tiempo hay de ver lo demas.

DON FERNANDO. Ahora mismo iba á busca á usted

AZ. Lo estimo. No se incomode usted. Está bonito, muy bonito. Solo que la entrada me parece algo mezquina. Todo está sencillo. Don Fernando, he visto allá en la cocina una comida muy abundante. Espera usted algunos convidados? La comida entra tambien en el negocio. No es así? Permítame usted que yo le convide, é igualmente á mi señora doña Gregoria y á sus amigos.

OÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Es muy amable.

ALBUENA. (*Aparte.*) Excelente sugeto! Con estos me entierren á mí. Señor, yo estimo infinito la atencion de usted.

IAZ. Hace parte del negocio este señor?

ALBUENA. No señor. Soy uno de los amigos antiguos de la casa.

IAZ. Pues bien, señor. Los amigos y todo, todo entra en el negocio, hasta los candiles y las espaviladeras. Basta eso para que yo...

ALBUENA. Si señor. He sentido muchísimo la desgracia de estos señores al paso que me admira infinito la fortuna de usted, á quien estimo infinito, porque hay ciertas almas que desde luego infunden una estimacion, un respeto, y un cierto no sé que...

IAZ. No tratemos ahora de eso, sino de hacer ganas de comer. Yo tendré singular gusto en que usted nos haga compañía en la mesa. (*Aparte.*) Ah, Ramirez, Ramirez,

quántos ámigos me atraen tus pesos fuertes!

VALBUENA. Ramirez dice usted? Ramirez?

DIAZ. Si señor, Ramirez: mi primo que me ha dexado por heredero...

VALBUENA. Aguarde usted. Ramirez... Si... Me acuerdo. Ramirez... Le he conocido. Yo conozco á todo el mundo. Ramirez... Un hombre asi alto. Ha muerto? Pobre señor! Este año le ví en Valladolid.

DIAZ. No puede ser. Si hacía treinta años lo ménos que no habia estado en Europa!

VALBUENA. Será otro. El que yo digo era don Pedro Ramirez de la Piscina, descendiente de Peñacerrada.

DIAZ. Mi primo no desciende de ninguna peña ni cerrada ni abierta. La entrada es, como digo, mezquina.

VALBUENA. Eso es lo que yo he dicho siempre. Es muy mezquina, muy pobre. Está por el orden arquitectónico que llaman dórico.

DIAZ. Perdone usted. No está sino por el jónico.

VALBUENA. Cabal. Tiene usted razon. Por el jónico. Lo equivocaba yo.

DIAZ. Y sobre todo ese despacho maldito afea muchísimo.

VALBUENA. Cierto. Afea muchísimo.

DIAZ. Pero ya tengo meditado un nuevo plan de construccion.

VALBUENA. Si señor. Necesita nuevo plan.

Se le puede dar á la entrada un ayre campestre y melancólico. Si usted quiere, yo le servire de arquitecto. Tenemos aquí don Fernando y yo un gusto bastante fino por lo que toca á las bellas artes.

DON FERNANDO. Valbuena es un hombre completo y universal.

DIAZ. Nos veremos y hablarémos de eso mas despacio. Suplico á usted que disponga siempre del palacio con la misma franqueza que hasta aquí.

VALBUENA. Estimo y acepto la oferta generosa de usted, porque me ha sido sumamente sensible la perdida de un amigo y vecino como don Fernando.

DIAZ. No señor. No lo ha perdido usted. Espero que vendrá á pasar algunas temporadas en mi compañía, y lo mismo digo de mi señora doña Gregoria. Aquí está ya de vuelta el escribano.

ESCENA XI.

DICHOS. RUIZ.

DIAZ. Está ya listo eso?

RUIZ. Todo está ya corriente. Solamente faltan las firmas.

DON FERNANDO. Está ya la escritura? Eso ha sido ni oido ni visto! Cuidado que gastan ustedes una actividad...

DIAZ. Vengan ustedes á firmar.

DON FERNANDO. Valbuena, quedese usted con mi hermana, que tiene que decir á usted...

DOÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Qué le diré?

DON FERNANDO. Dile lo que te parezca mejor. Señores, suplico á ustedes...

DIAZ. Don Fernando, señores, haganme ustedes el favor...

RUIZ. Señor...

DIAZ. No soy yo el amo de la casa? Entren ustedes sin ceremonia.

ESCENA XII.

DOÑA GREGORIA. VALBUENA.

DOÑA GREGORIA. Yo no sé como decir á usted la idea que se le ha metido á Fernando en la cabeza.

VALBUENA. Por qué, señora? No soy amigo de ustedes? Vamos: hablé usted.

DOÑA GREGORIA. Pues señor, á mi hermana se le figura que Diaz halla en mí alguna gracia y algun atractivo.

VALBUENA. Ese hombre puede ser muy útil á sus amigos.

DOÑA GREGORIA. En fin, me comprehende usted

VALBUENA. Algo; pero que es lo que debo yo suplicar al señor Diaz?

DOÑA GREGORIA. Esto no ha salido de mí. Yo no me acordaba de semejante cosa, n

pensaba en volver á casarme; pero mi hermano está empeñado en que...

VALBUENA. Estoy enterado.

DOÑA GREGORIA. Me case...

VALBUENA. Ya estoy.

DOÑA GREGORIA. Y le parece que Diaz será...

VALBUENA. Estoy á camino. Sería una boda buena. Ya se vé. Tambien tengo yo una hermanita, y...

DOÑA GREGORIA. Cómo? Estamos buenos!

VALBUENA. Bárbara es jóven, amable, bella, y deseo casarla. Para Diaz no puede darse cosa mas igual.

DOÑA GREGORIA. Cómo? Su hermana de usted?

VALBUENA. Dios mio! Qué he dicho? Doña Gregoria, lo que he dicho á usted es una chanza. Haré qualquiera sacrificio por servir á ustedes.

DOÑA GREGORIA. Esto me faltaba solamente. Señor modelo de la verdadera amistad, case usted á su hermana con quien le parezca ó pueda. Yo no necesito para nada de hombres tan viles y tan despreciables como usted. (*vase.*)

VALBUENA. Esta es una injusticia. Frioleras, caprichos, zelos, cosas de mugeres. Yo bien sé que debo á mis amigos; pero primero es Dios que todos los santos, y nosotros es la primera persona del número plural. Señora?... Señora?... Doña Gregoria?... Esperese usted. Si, ya va esperando. Allá va

como alma que lleva el demonio. Que todas las viudas rabien por volver á casarse! Cosa como ella!

ESCENA XIII.

VALBUENA. RUIZ.

RUIZ. Señor Valbuena, Diaz aguarda á usted á comer.

VALBUENA. Ay amigo Ruiz! Qué martirio es para una persona como yo tener que reñir con los amigos! Voy á la mesa. Es un martirio. (*vase.*)

RUIZ. Ciertamente es un gran martirio. Qué diablos querrá decir este hombre? Si estará loco!

ESCENA XIV.

RUIZ. PEDRO. CELESTINA.

CELESTINA. Señor escribano, dónde se ha metido usted?

PEDRO. No parece usted por el mundo. Venimos de su casa de usted.

CELESTINA. Qué ha hecho usted de Diaz? Dónde está?

RUIZ. Está comiendo en su palacio.

PEDRO. Cómo en su palacio?

RUIZ. Lo que le digo á usted. En su palacio. Ha comprado el palacio de don Fernando. Aquí llevo yo la escritura de venta firmada y todo.

CELESTINA. Ea, ea, padre mio! Ya soy la señora del palacio. No es así?

PEDRO. Eso es bueno, y me consuela de no haber sido yo el heredero de Ramirez.

RUIZ. Para el caso lo mismo es.

CELESTINA. Ya se vé que sí, porque siendo Diaz mi marido...

RUIZ. Quiere usted ir á verle?

CELESTINA. Ahora no. Tenemos que hablar con usted de otra cosa que nos interesa mas. Queremos que nos haga usted al instante la escritura matrimonial.

PEDRO. Nosotros hemos comido yá. Dexemos á Diaz que coma tambi n.

CELESTINA. En estando acabada, se la traeremos, y la firmará.

PEDRO. Pues, la firmará lo mismo que ha firmado la escritura de venta.

CELESTINA. Voy á ponerme el vestido de seda... No es esto, padre? En tanto que llegan otros de moda que pediremos á Madrid. No es esto, padre?

PEDRO. Si, niña, si. Lávate, adórnate, y ponte hermosa. Quando vayas en tu gran coche... Y vaya tambien yo contigo, siendo suegro de tu marido, el señor del palacio, sin embargo de haber sido el jardinero... Qué gozo, Dios mio! Qué bendicion! Vamos, señor escribano. No perdamos tiempo. Vamos á hacer la escritura antes que meta la mano en esto Satanás.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO. Sanchez, Domingo, Andres?... Ninguno me responde. Que no haya podido yo hablar á Gregoria! Domingo? Si habrá hablado ella á Valbuena! Sanchez? Estos canallas no quieren responderme. Por fin he vendido el palacio. Gran dicha! Si llegase á cobrar mi dinero, no me lo arrancarian á dos tirones, no. Estos malditos... Sanchez? Parece que se han convenido en no hacerme caso. Domingo, Andres?.... Andres?

ESCENA II.

DON FERNANDO. ANDRES.

ANDRES. Aquí estoy, señor.

DON FERNANDO. Bribon! No me respondes? Media hora hace que os estoy llamando.

ANDRES. Estábamos comiendo.

DON FERNANDO. Pues no comer. Malditas sean vuestras tripas.

ANDRES. Qué! Somos camaleones ó poetas, que dicen que se mantienen de ayre?

DON FERNANDO. Y mi hermana?

ANDRES. Está en el jardin con el señor,

DON FERNANDO. Con qué señor?

ANDRES. Con qué señor! Con el señor. En el palacio no tenemos otro señor mas que mi señor don Marcelo Diaz, Ladron de Guevara, y...

DON FERNANDO. Yo nunca habia oido que Diaz fuese Guevara, ni Ladron; pero no será extraño que sea Ladron, si roba hasta los apellidos. Dí á Valbuena que se llegue aquí.

ANDRES. A quién? Á Valbuena? Valbuena ya se largó.

DON FERNANDO. Qué se ha ido! Adónde?

ANDRES. Se ha ido, pero no sé á donde, ni para qué. Apenas acabaron ustedes de tomar el café, quando tomó la puerta, sin decir nada á nadie.

DON FERNANDO. En qué consistirá eso? Dí á mi hermana que quiero hablarla. No, no vayas. Ya he visto que Diaz la miraba con cariño... No obstante quisiera yo saber si... Vete, Andres.

ANDRES. En qué quedamos? Qué recado es el que debo llevar? Pero aquí llega doña Gregoria.

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. Andres?

ANDRES. Señora. Qué me manda usted?

DOÑA GREGORIA. Tu amo nuevo te está llamando.

ANDRES. Dios mio! Qué oygo! Allá voy ahora mismo. Mil gracias, señora. Estimo el aviso. Yo no tengo la culpa de no haber ido antes. El señor es quien me ha detenido.

DON FERNANDO. Anda pues. (*Andres se va.*) Qué afecto manifiesta ya á Diaz el bribon! A nosotros jamás nos ha servido con tanta actividad.

ESCENA IV.

DON FERNANDO. DOÑA GREGORIA.

DON FERNANDO. Gregoria, qué tenemos?

DOÑA GREGORIA. Qué tenemos, Fernando?

DON FERNANDO. Qué tal estás de Diaz?

DOÑA GREGORIA. Qué pregunta! Cuidado, hermano, que tienes unas preguntas!.... Qualquiera diria, al oirte, que vamos de acuerdo los dos en estas locuras...

DON FERNANDO. Vamos, hermana, que no es regular que úses conmigo de tanta disimulacion. Este proyecto es tan ventajoso para tí y aún mas que para mí. Lo apruebas y deseas que se verifique. Te parece que no he notado yo con qué cariño le mirabas miéntras comiamos? Yo no soy ni ciego, ni lego, hija. Todo lo he visto, todo lo he observado.

DOÑA GREGORIA. Al contrario, él es el que me ha mirado y obsequiado.

DON FERNANDO. Tambien eso es verdad. Has hablado á Valbuena? Porqué se ha ido tan pronto? Habrá tenido que ir á alguna diligencia precisa, y volverá luego.

DOÑA GREGORIA. Sí. Cuenta con tu querido Valbuena.

DON FERNANDO. Excelente amigo! Amable, activo...

DOÑA GREGORIA. *Egoista*, que se cambia al compás de las fortunas, y no sirve á nadie que no pueda servirle á él. Le he referido tus ideas, y quiere servirse de ellas, como de un aviso, no para provecho tuyo, ni mio, sino para beneficio suyo. Quiere casar á su hermana con Diaz.

DON FERNANDO. Qué me dices? Valbuena! Cómo? Qué ingrato! Por eso mientras hemos comido apenas nos miraba. Yo creia que consistiese en haber querido obsequiar á Diaz. Pero jugarnos una pieza semejante!... Oh! No les temo. Les he visto inquietarse é *intrigar* tanto quando era rico, que soy ya tan maestro como ellos en la materia. Y ademas tengo yo de mio el ser un zaramullo de los buenos.

DOÑA GREGORIA. Si, Fernando. No eres lerdo; pero los comerciantes de Cádiz son mas chuscos que tú con tercio y quinto.

D. FERNANDO. No me nombres á esos indignos...

DOÑA GREGORIA. Quiero hablarte con mas franqueza, Fernando. Diaz...

DON FERNANDO. Es un hombre muy fino y amable. Serás dichosa casandote con el; pero es necesario que veamos... Yo temo *que*...

DOÑA GREGORIA. A quién? A la hermana de Valbuena? Es ménos temible aún qué Celestina. Es una aldeana tosca y ridícula. En una palabra, es una mula.

DON FERNANDO. Y tú una jóven y ayrosa Gaditana. Qué diferencia! Ahora sí que es necesario que despliegues todo tu donayre, para ofuscarle con el atractivo, con el brillo de las modas, y con nuevas gracias.

DOÑA GREGORIA. Serías un perfecto catedrático de *currutaquismo*. No; yo no iré á buscarle. Veré si puedo conseguir que él me busque á mí, y entónces no hay cuidado; si yo no lo atrapare, di que soy muy zurda. Aquí está.

ESCENA V.

DICHOS. DIAZ.

DIAZ. No es bastante grande, no es bastante vasto. Es reducido.

DON FERNANDO. Ahora mismo estábamos hablando de usted.

DIAZ. Haré que venga un buen pintor, para que me diga si las pinturas son efectiva-

mente originales; pues yo no quiero copias.

DON FERNANDO. Son originales. No lo dude usted. Me costaron muchísimo.

DIAZ. La Biblioteca de ustedes me ha hecho concebir una grande idea. Quiero que me rodeen los sábios, los poetas, y los literatos. Los protegeré, les daré pensiones, y en fin, seré su Mecenas.

DON FERNANDO. Nadie mejor que mi hermana podrá dar á usted á conocer los Virgilios y Horacios del dia... Este invierno pasado tuvimos en Cádiz una tertulia Academico-científica mas que regular.

DIAZ. Tendré grabados, medallas, palcos para todos los espectáculos, un servicio excelente, un cocinero exquisito (el de ustedes no es malo) maestros para perfeccionar mi educacion en el bayle, en la esgrima, en los idiomas cultos; y en fin, haré mil planes y reformas en todo.

DON FERNANDO. Y ahora que es usted rico, podia pensar en casarse tambien.

DIAZ. Ya se ve que podia casarme, si quisiera, pues no estoy comprometido con Celestina. Tiempo hay todavia de pensar en eso. Ahora pienso hacer un viage á Madrid.

DON FERNANDO. Eso es lo que teniamos proyectado.

DIAZ. Pues; y allí, á pesar de mis estudios, podre consagrar algunos ratos á la sociedad, y á usted sobre todo, hermosa doña Gregoria.

DOÑA GREGORIA. Requiebros otra vez?

DIAZ. Usted ha nacido para ser amada, y... (*Aparte.*) Esto es muy particular. Hasta ahora jamás me habia atrevido á decirla una palabra siquiera. Lo que hace ser un hombre rico! A la mas pintada pedirá su cariño el que tenga plata. Crea usted, señora... Pero á dónde se ha metido el señor Valbuana?

DOÑA GREGORIA. Se ha ido.

DIAZ. Qué se ha ido! Sin despedirse?

DON FERNANDO. Si señor, es estilo del dia. Es una moda; como todas las demas.

DIAZ. Oh! Si es moda, no tenemos caso. No sabia yo que pudiera llegar la moda hasta ahí.

DON FERNANDO. Pues si señor. En acabándose la comida, el café y pluscafé, se toma el portante, y adios, amigo.

DIAZ. Y sin decir nada? Eh? Ya digo, si se estila, muy bueno será. A mí me parecia muy poca crianza. Pero al fin, yo no puedo tener voto en la materia. Ahí viene con una señorita.

DON FERNANDO. Cabal. Qué contratiempo! Su hermana será.

ESCENA VI.

DICHOS. VALBUENA, BÁRBARA.

VALBUENA. (*Aparte al salir.*) Lo entiendes?

Habla; pero no digas disparates.

BÁRBARA. (*Aparte al salir.*) Pues qué! soy alguna tonta? No lo erraré.

VALBUENA. Señor don Marcelo, permítame usted que me tome la libertad de presentarle mi hermana Bárbara. (*A Bárbara.*) Habla, vamos.

BÁRBARA Á DON FERNANDO. Señor, yo vengo aquí... Pues, como digo... Yo vengo aquí, porque mi hermano ha ido á buscarme, y...

DON FERNANDO. Señorita, usted no hablará conmingo, sino con...

VALBUENA. Bárbara! qué haces? El señor es don Fernando, aquel hombre estimable de quien hablamos ayer; y el señor es el digno, el amable don Marcelo de quien te he hablado hoy.

BÁRBARA. (*Aparte.*) Ah! si, el señor... Como decias que hablase al mas rico, yo he creido que será mas rico el que tiene mejor vestido. Señor, yo...

DIAZ. Si, señorita, yo soy á quien el atractivo de esos ojos... (*A doña Gregoria.*) Tiene un cierto ayre muy sencillo y natural.

DOÑA GREGORIA. Si: muy tosco, muy rústico. Está por conquistar.

VALBUENA. Saluda tambien á la que te he dicho, que es la sensible doña Gregoria.

DOÑA GREGORIA. Cabal. La sensible. Ayer mismo la hablaría usted de mí. No es esto?

VALBUENA. Pues.

DOÑA GREGORIA. Es preciso. No lo digo?

BÁRBARA. Señora, yo... (*Aparte.*) Es esta la que tiene las pretensiones?

VALBUENA. (*Aparte.*) Esta, sí. Calla. Señor don Marcelo, he creido propio de mi deber y de mi reconocimiento dar á conocer á usted mi hermanita. La amistad, la naturaleza...

DON FERNANDO. Si, era preciso, porque la naturaleza y la amistad... Yo no hago mucho caso de las palabras sino de las acciones.

VALBUENA. Eso es justo, querido don Fernando.

BÁRBARA. Señor, el elogio que me ha hecho mi hermano de usted, me ha infundido una estimacion que...

DON FERNANDO. Lo creo. Usted le estimará. Y otro tanto podemos decir los demas con toda verdad.

DIAZ. Es asi; señores. De manera que yo estoy admirado. Todos están ustedes acordes en darme las mayores demostraciones de aprecio y estimacion, hácia mi persona.

VALBUENA. Es cierto que la amistad es muchas veces inspirada por el interés. Yo soy franco, y confieso que es cosa muy buena ser amigo de un rico. Pero lo que hace nacer la verdadera amistad, no es el interés, sino un impulso interior, una simpática adhesion hácia el objeto, como en el amor.

BÁRBARA. Es así. Como en el amor. Cabal. Como en el amor. Yo soy tan franca como mi hermano, y...

DOÑA GREGORIA. Qué ingenuidad!

BÁRBARA. Yo soy ingénua, tímida, modesta, y silenciosa.

VALBUENA. Toda nuestra familia sobresale en esas virtudes. (*Aparte.*) Calla ya.

BÁRBARA. (*Aparte.*) Pues qué! He dicho algun disparate?

DOÑA GREGORIA. Es lástima que Diaz no pueda ya hacer prueba de esas virtudes.

DON FERNANDO. Sí. Es un dolor. Esta tarde sale conmigo para Madrid.

BÁRBARA. (*Aparte.*) Ay Dios mio! Hermano, se va á Madrid.

VALBUENA. Se va usted?

DIAZ. Sí, amigo. Estoy decidido. Voy á la Corte. Aquel viene á ser el centro de los ricos. Todo el que puede y tiene, á Madrid.

BÁRBARA. Ay Dios mio!

VALBUENA. Qué feliz encuentro! Nosotros tambien vamos con usted.

DIAZ. Adónde? A Madrid?

BÁRBARA. Hermano, vamos á Madrid?

VALBUENA. Sí, Bárbara, porque sé que tú lo deseas, y tambien porque tengo que arreglar allí algunos intereses.

BÁRBARA. Ay qué gusto, que vamos á Madrid!

DOÑA GREGORIA. Y quién substituirá á usted en su empleo?

VALBUENA. Dexaré un comisionado.

DIAZ. Sea enhorabuena. Irémos todos. Doña Gregoria, usted tambien. Qué gana le ha entrado á la gente de ir á Madrid!

BÁRBARA. Ay qué gusto! A Madrid. Paseos, teatros, modas... Las tertulias, los bayles...

VALBUENA. Y los infelices que visites tú, y socorras. Viage verdaderamente piadoso y sentimental!

DIAZ. Y necesario. Yo necesito tomar algunas lecciones en la escuela del mundo. Don Fernando y doña Gregoria me servirán de guías y de Mentores.

BÁRBARA. Al instante aprenderé á usar todas las modas y estilos que se estilen.

DIAZ. Cabal En eso y en el merendar todo es empezar. Harémos un curso completo del buen tono. La señora me instruirá á mí, y yo instruiré á la señorita.

DOÑA GREGORIA. Qué ha dicho usted?

DIAZ. Perdone usted, señora. El gozo, la alegría...

VALBUENA. La señora se halla ya en estado de dar lecciones.

DOÑA GREGORIA. Ha dicho usted una necedad.

VALBUENA. Ya lo sé.

DON FERNANDO. Sí. Es usted un ingrato. Tenemos ya conocidas las intenciones de ustedes.

DOÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Calla.

BÁRBARA. Piensa usted que nosotros no tenemos conocidas las de ustedes?

VALBUENA. (*Aparte.*) Calla.

DIAZ. Pero, señor, qué es esto? Parece que se incomodan ustedes. Bueno. La disputa recae sobre mí. No hay que desazonarse. Lo que es ser uno rico! Quántas novias tiene á escoger!

ESCENA VII.

DICHOS. CELESTINA.

DOÑA GREGORIA. Celestina!

DON FERNANDO. Ésta faltaba para completar la funcion.

DIAZ. Vaya, ya tenemos tres.

CELESTINA. Dichosos los ojos que ven á usted. Tengo que reprehender á usted. No haberme visto desde que recibio la noticia de la herencia! Pero le perdono á usted. Estoy tan contenta! Míreme usted, míreme usted bien.

BÁRBARA. (*Aparte á Valbuena.*) Quién es esta niña tan descocada?

VALBUENA. Esta parece ser la parienta de usted.

DIAZ. Es parienta mia; pero bastante remota.

VALBUENA. No importa. Señorita...

CELESTINA. Señor padrino, dirá usted tambien ahora que Diaz no es bastante rico para casarse conmigo, y que yo he nacido para casarme con otro novio mejor? Dirá usted eso?

DOÑA GREGORIA. No dirá tal.

VALBUENA. (*A Diaz.*) Qué dice esta niña?

DIAZ. Iba yo á casarme con ella, y...

VALBUENA. Es una paya.

DIAZ. Ya sé que lo es; pero qué quiere usted?

CELESTINA. Señor padrino, yo nunca me olvidaré de las bondades de usted, ni de las de doña Gregoria. Quando sea muger de Diaz, le aconsejaré que ayude á ustedes con su crédito, de modo que su fortuna sirva para reparar en algun modo la de ustedes. Y no tendré que rogárselo mucho, porque tiene muy buen corazon.

DOÑA GREGORIA. Mil gracias, señorita.

DON FERNANDO. Qué sinceridad! Qué candor! Todas sus expresiones salen del corazon.

CELESTINA. Ve usted, primo mio? Hoy es dia grande para mí, y por eso me he puesto de veinte y cinco alfileres.

DON FERNANDO. Pero dime, Celestina (mi ahijada), estás en tu juicio? Tienes todavía esperanza de casarte con Diaz?

BÁRBARA. En efecto, es un disparate. Pues no sabe usted que?...

CELESTINA. No hay tal disparate. Bien sé yo lo que me hago, y le conozco bien. Mi primo no se dexará corromper de las riquezas que tanto despreciaba quando era pobre como yo. El me tiene asegurado que me amará siempre. Respóndales usted. No es verdad que usted me amará siempre? Diga usted.

DIAZ. (*A Celestina.*) Sí, sin duda, querida... Yo no puedo menos de... (*A Celestina.*) Ya lo sabes tú.

CELESTINA. Eh! Ya han oido ustedes. Ea pues, primo mio, mi padre y el escribano vendrán luego.

DIAZ. Sí. El escribano tiene que traerme unos papeles para que yo los firme.

CELESTINA. Otros papeles son los que digo yo. Ya no podemos casarnos sin escritura.

DIAZ. Sin escritura no... Es precisa la escritura. (*A Valbuena.*) Yo no sé que decirla.

VALBUENA. (*Aparte.*) Nada hay escrito aún?

DIAZ. Nada.

VALBUENA. Pues todavía está usted en tiempo de hacer lo que mas le acomode.

CELESTINA. Aquí están.

DON FERNANDO. (*A su hermana.*) Quánto estoy sufriendo! Estoy quemándome la sangre.

BÁRBARA. (*A su hermano.*) Nada me habias dicho de esta otra.

ESCENA VIII.

DICHOS. PEDRO FERNANDEZ. RUIZ.

CELESTINA. Venga usted, padre mio. Venga usted, señor escribano. Mi primo acaba de repetirme que me amará siempre.

PEDRO. Señores? Señoras? Qué diablo! Yo no creía encontrar aquí tanta gente. Disi-

mulen ustedes que venga yo á interrumpirles. Vamos, mi yerno, con el permiso de estos señores, á...

DOÑA GREGORIA. Su yerno!

BÁRBARA. Que tono!

PEDRO. El escribano trae la escritura matrimonial para que la firmes.

DIAZ. Ah! Si. La escritura? Eh?

RUIZ. Ya ve usted con que actividad,

DON FERNANDO. Ya se ve. Esa es mucha actividad.

RUIZ. Todo lo merece don Marcelo.

VALBUENA. No hay duda, y yo, como su amigo, doy á usted mil gracias. Pero algunas veces la actividad no suele ser muy buena. Permítame usted que yo se lo diga. Se ha acelerado usted demasiado, señor Ruiz.

CELESTINA. Cómo demasiado?

VALBUENA. Sí. Este casamiento no puede verificarse tan pronto, pues...

PEDRO. Por qué no? Qué sabe usted?

CELESTINA. Primo mio, dígale usted á este señor que se equivoca, y que...

DIAZ. Yo... Pero es así. Es cierto... Pero es menester saber los motivos.

CELESTINA. Y que motivos puede haber para eso?

VALBUENA. No se inquiete usted, niña. Su padre de usted se hará cargo de la razon.

PEDRO. Yo, señor? Yo no veo que...

VALBUENA. Don Marcelo ama siempre á su

hija de usted. No es esto?

DIAZ. Si señor. (*Aparte.*) En eso no miento.

PEDRO. Pues bien... Si él quiere, no hay...

VALBUENA. Es que como tiene tantas ocupaciones en el dia con este motivo, y...

DIAZ. Cierto.

DOÑA GREGORIA. Tomar posesion, comprar, vender...

DIAZ Así es.

VALBUENA. Está de luto.

BÁRBARA. De un primo.

VALBUENA. De un bienhechor.

DIAZ. Cabal.

DOÑA GREGORIA. Y lo permitiría la decencia?

BÁRBARA. La decencia no lo permite

DON FERNANDO. Va con nosotros á Madrid.

BÁRBARA. Es así. Vamos á Madrid.

CELESTINA. Pues qué, hombre cruel! Me abandonará usted así?

DIAZ. No, Celestina. No por cierto. No te abandonaré. Es preciso que yo vaya; pero volveré, ó sino, tú tambien puedes ir á Madrid.

VALBUENA. Cabal. La boda debe celebrarse en Madrid. Los ricos no deben casarse sin ruido, como los pobres. Es necesario que hagan mucho gasto, mucha funcion, y para eso no hay otro Madrid.

CELESTINA. Ah! Por qué no se casó usted conmigo quando era pobre?

DIAZ. Si. Es lástima que no esté casado ya.

PEDRO. Si es preciso ir á Madrid, tambien irémos nosotros.

DIAZ. Sí, todos podemos ir á Madrid. Don Fernando, doña Gregoria, Valbuena, doña Bárbara, usted, mi Celestina, mis criados, en fin todos. Irémos á parar á la posada de la Cruz, y plegue á Dios que haya en ella bastante comodidad para tan numerosa comitiva.

VALBUENA. No tenia usted que arreglar algun asunto con el escribano?

DIAZ. Sí. Es verdad. Cómo está eso?

RUIZ. El amigo de Madrid queda aguardando á usted en el palacio.

DIAZ. Por qué no me lo decía usted? Allá voy.

CELESTINA. Se vá usted sin decirme nada?

DIAZ. Perdona, querida. Luego nos veremos. (*Aparte.*) Pobre niña! Yo no se que decirla. Ya sabes que yo... Voy á ver á ese escribano.

VALBUENA. Yo tambien iré luego.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DIAZ.

VALBUENA. Adios, amigos mios. Yo siento mucho que el casamiento no se pueda verificar... El luto... Las ocupaciones... Vamos, Bárbara. Ven.

BARBARA. Adios, niña, adios. Quando no

seas tan muchacha te casarás.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS VALBUENA Y BÁRBARA.

DOÑA GREGORIA. Señor escribano, con que empeño y diligencia ha formado usted esa escritura matrimonial!

RUIZ. Señora, me mandaron que la hiciese, y la hice.

DON FERNANDO A RUIZ. Dexe usted. Pronto tendrá usted que hacer otra entre mi hermana y Diaz.

RUIZ. Bueno, bueno. Eso es bueno.

DOÑA GREGORIA. Calla, hermano. Ven conmigo. Nunca sabes hablar como es regular y debido.

ESCENA XI.

RUIZ. PEDRO. CELESTINA.

CELESTINA. Nos lo llevan y nos dexan solos.

PEDRO. Vamos, que él te quiere. El te lo ha asegurado, y eso es lo principal.

RUIZ. Pobre gente! No lo crean ustedes. Yo entiendo esas marañas bien. Ya no se casará con usted. Don Fernando acaba de hablarme de otra escritura matrimonial para Diaz, y su hermana.

CELESTINA. Dios mio! Qué dice usted?

PEDRO. Y piensa usted hacerla, señor escribano?

RUIZ. Pues no la he de hacer? Si ese es mi oficio! Aunque yo no quisiera hacerla, tres cientos escribanos hay en cada pueblo que la harán volando. Vaya! Vaya!

PEDRO. Pero, hombre! Si vamos a Madrid...

RUIZ. Todavía eso tiene mucho que ver. Este casamiento hubiera sido muy bueno; pero es rico ya Diaz, y... Ellos me aguardan. Voy allá.

ESCENA XII.

PEDRO. CELESTINA.

PEDRO. Ay! No hay mas que fiarse de las buenas palabras de los hombres.

CELESTINA. Quién lo hubiera creido de Marcelo!

PEDRO. Siendo pariente!

CELESTINA. Y tan hombre de bien!

PEDRO. No me hables ya de eso. Ya no quiero que te cases con él. Vèleta! Inconstante! Lo que puede el interés!

CELESTINA. Sí, padre mio. Seré desdeñosa. Seré fiera. Obedeceré á usted. Quando vuelva á hablarme, le desecharé. Ah! Qué dichosa hubiera sido yo con él! Le quiero tanto, padre mio!

PEDRO. Ahora quisiera yo saber si quiere

que sea yo su jardinero ó no.

ESCENA XIII.

DICHOS. GARCIA.

GARCIA. Aquí estoy yo de vuelta. Ha dado el padrino su consentimiento? Quándo es la boda?

CELESTINA. Ay señor Garcia! El cielo envia a usted aquí. Quizá usted le hará que entienda la razon. Está en el palacio, con sus amigos, con sus damas, y sus escribanos... Pero lo mismo tiene. Usted le hablará. Padre mio, cuente usted al señor Garcia lo que nos sucede.

PEDRO. Se lo contaré. El amigo de usted es un indigno. Marcha á Madrid y no quiere ya casarse con Celestina porque es rico. Mire usted.

GARCIA. Están ustedes sin juicio? Yo no les entiendo una palabra.

PEDRO. No sabe usted que ha comprado el palacio, y se ha puesto luto?

CELESTINA. Que esta mañana se le tenia por demasiado pobre, y ahora se le tiene por demasiado rico?

GARCIA. Diaz, mi amigo Diaz se ha hecho rico? Pues cómo ha sido eso?

CELESTINA. Está rodeado de amigos que le acompañan y obsequian por el interes, y

yo que le quería quando no tenía nada... Pobre de mí! Mire usted. Yo lo había divulgado todo por el pueblo, y...

GARCIA. Pero dígame usted...

PEDRO. Venga usted con nosotros. Yo diré á usted todo lo que sucede; pero quiero que no nos vean juntos aquí.

CELESTINA. Sí. Es necesario que nos favorezca usted. Usted le hablará. Abochórnele usted. Es un inconstante, un...

GARCIA. No hay cuidado. Yo le hablaré. Diaz rico! Yo estoy aturdido.

PEDRO. Ah! Con razon se dice que las riquezas...

CELESTINA. Venga usted, venga usted. Todo se lo dirémos á usted.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA. CELESTINA PEDRO.

GARCIA. Cincuenta y cinco mil pesos de renta! Pedro Fernandez qué felicidad! Qué beneficio de la fortuna!

PEDRO. Dios mio! Cómo se alegra! Tan alegre está usted como si heredase á medias con Diaz.

GARCIA. Eso es natural. Somos muy amigos, y entre los amigos todas las cosas son comunes. Eso es lo que dictan la filosofia y la amistad.

PEDRO. Asi lo dictarán; pero dónde está eso?

CELESTINA. Usted, que es tan amigo de la razon, podrá darle á entender...

GARCIA. Le tengo bien conocido. Hará todo lo que yo le diga, y sea justo.

CELESTINA. Asi lo creo.

GARCIA. Voy á quemar mis títeres, y á ser autor de la compañia de cómicos que vaya á Bilbao, Vitoria, Sansebastian, y Pamplona.

CELESTINA. Eh! Déxese usted de cómicos y de títeres.

GARCIA. Cada uno tiene su ambicion, y la

mia es de ser autor de una compañía cómica de la legua.

PEDRO. Vaya, nos escuchará usted alguna vez?

GARCIA. Sí señor, hable usted. Solo me faltaba encontrar quien me prestase los fondos, y Diaz me los prestará.

PEDRO. Si le estoy diciendo á usted que desde que ha heredado se nos ha hecho altivo, y trapacero: que está engañando á Celestina, entreteniéndola con buenas palabras, y que proyecta otro casamiento.

GARCIA. Con todo, me recibirá bien, y...

CELESTINA. Lo creo, y confio en usted, señor Garcia de mi alma. Hágale usted conocer que es cosa muy fea que desprecie hoy por ser rico á los que queria ayer quando era pobre, y dígale usted... la verdad, que morire de dolor si me abandona.

GARCIA. Oh! no, morir no, por eso no... No se añija usted. No quiero entrar de topeton. Voy á llamar (*Llama á la puerta del palacio.*) Con qué terneza me abrazará! Se porta muy mal con ustedes, se porta mal. Yo se lo diré; pero sin embargo á los ricos es menester tratarlos con cierta indulgencia...

PEDRO. Usted lo aprueba?

CELESTINA. Usted le disculpa?

GARCIA. Nada de eso. Si yo me hallase en su lugar, creo que no me portaría así; pero yo no sé que se tiene, Esto de las

riquezas... Las rentas, y... Yo le haré entrar en razon.

PEDRO. Tal vez no querrá reconocer á usted.

GARCIA. No, esto es otra cosa. Yo no pretendo que se case conmigo.

CELESTINA. Ay padre mio! Lo mismo es un hombre que otro.

PEDRO. Si, hija mia. A todos les mueve el interés. Yo no le deseo á usted mal, señor Garcia; pero merece usted que.. Si yo llegase á ser rico, como me vengaría de todos ellos!

GARCIA. Fíense ustedes de mí. Yo le hablaré por ustedes. Todos serémos dichosos. (*Pedro y Celestina se van.*) Si, debe casarse con esta niña, porque en fin... á pesar de todo... Quarenta mil reales son los que necesito, y para él son una friolera. No puede ménos de prestármelos. Le diré tambien que Celestina...

ESCENA II.

GARCIA. ANDRES.

ANDRES. Quién es? Creo que llamaron. Es usted, amigo?

GARCIA. Si. En dónde está Diaz? Quiero hablarle. Llámale, Andres.

ANDRES. De parte de quien viene usted?

GARCIA. De mi parte.

ANDRES. Está muy ocupado. Vuelva usted.

GARCIA. Cómo qué vuelva! Bribon! Yo se lo diré...

ANDRES. Quando yo le digo á usted que no puede verle...

GARCIA. Por qué no? No faltaba mas! Á no ser que se haya hecho tan ridículo como su criado... Escucha, no te vayas. Dile que está aquí su amigo Garcia. Anda.

ANDRES. Garcia su amigo! Es posible? El titeretero?

GARCIA. Si señor. El titeretero, su condiscípulo, que ha almorzado ésta mañana con él.

ANDRES. Oh! Ha almorzado usted? Eh? Eso es otra cosa. Lo que es no conocer á las personas! Venga usted.

GARCIA. No es menester. Aquí viene. Déxanos solos, Andres.

ANDRES. No. Le avisaré que está usted ahí.

GARCIA. Sí. Mejor será. (*Aparte.*) Mas temible es presentarse á un rico que ha sido pobre, que á un toro de Salamanca de nueve años. Mas fiero suele ser.

ESCENA III.

DICHOS. DIAZ.

DIAZ. (*con un gran abanico en la mano.*) Respiremos. Estoy sofocado. Necesito tomar el ayre. Gran abanico!

GARCIA. Cómo querrá Dios que me reciba este nuevo señor! Avísale. Yo no sé cómo entrarle: la verdad.

ANDRES. Señor, aquí está el señor Garcia.

DIAZ. Garcia! Eres tú, amigo?

ANDRES. (*Aparte.*) Cabal. Es amigo suyo.

ESCENA IV.

GARCIA. DIAZ.

DIAZ. Quánto deseaba verte! Desde ésta mañana ha dado la rueda de la fortuna una vuelta tan grande en mi favor, querido Garcia!... Soy ya un hacendado, un caballero, un...

GARCIA. Ya lo sé, y lo celebro con toda el alma. Aseguro á usted, mi señor don Marcelo, que me sirve de la mas grande satisfaccion...

DIAZ. Qué diablos es esto, Garcia? Déxate de satisfacciones y de formalidades. Entre nosotros son por demas los cumplimientos y embusterias. Marcelo será siempre tu amigo. Abrázame, querido, abrázame.

GARCIA. Qué te abrace? Con mucho gusto. (*Se abrazan.*) Te confieso que tu prosperidad me infundía cierta desconfianza; porque hay algunos que, en teniendo un par de reales mas, se ponen tan espetados!...

Pero ya veo que eres siempre mi amig
Diaz, y nada mas.

DIAZ. Sí, amigo. Soy rico, riquísimo. E
pocas horas me han venido, como del cie
lo, palacio, familia, criados, lacayos, am
gos, testamento, novias, y qué sé yo qu
más. Pero siempre conservaré los mismo
principios sólidos, generosos, y filosofi-
cos que me caracterizan. Necesitas crédi
to? Necesitas dinero? En qué puedo ser
virte? Habla, querido Garcia, dímelo.

GARCIA. Ya que me lo previenes, y quiere
que te hable con franqueza, te diré qu
deseaba pedirte prestados... algunos rea-
les... asi, como... unos...

DIAZ. Quántos?

GARCIA. Muchos. Quarenta mil.

DIAZ. Friolera! Te los prestaré. Quiéres mas
Para mi quarenta mil reales son un ocha
vo. Cincuenta y cinco mil pesos de ren
ta tengo cada año. A bien que poco m
ha costado ganarlos. Quieres mas, Garcia

GARCIA. No. Eso es lo que necesito para po
ner en execucion un proyecto comico qu
tengo meditado.

DIAZ. Quita! Quita! Déxate de espectáculo
y de comicos. Todavia quieres emplear
en esas miserias? Tú no has nacido par
esa farándula. Aguarda. Yo voy á Ma
drid. Vente conmigo. Tú tienes talento
literatura, gusto... Yo te alabaré, yo

serviré, yo te protegeré, que no soy de aquellos que, siendo ricos, se olvidan de los amigos que tenian cuando eran pobres.

GARCIA. Ay, generoso y heroyco Diaz, rico y digno de todos los tesoros del mundo! Si, iré contigo á Madrid. Conocerás á mi muger y á mi hija, y serás su protector.

DIAZ. Nada de eso. Seré su amigo, y los tres lo seréis mios.

GARCIA. Si, siempre. Estos amigos son preferibles á tantos y tantos como tendrás en adelante.

DIAZ. Ya tengo bastantes de esos. Como te he dicho antes, desde ésta mañana he adquirido nuevas amistades. Don Fernando, á quien he comprado el palacio, me miraba ésta mañana con desprecio, y ahora desea mi proteccion. Valbuena, que ayer era amigo de don Fernando, lo es ahora mio. Y las hermanas de entrambos, que son hermosas, están ya muriendose por mis pedazos. Conozco sus intenciones. Me cortejan mucho. Cortesanas, ciudadanas, aldeanas, doña Gregoria, Celestina, Bárbara, todas desean casarse conmigo. O metálico poderoso y encantador!

GARCIA. Ahora que me acuerdo... Tengo encargo de hablarte.

DIAZ. De quién?

GARCIA. No lo adivinas?

DIAZ. De Celestina?

GARCIA. Cabal. Yo la he visto.

DIAZ. Conque la has visto? En? Pobre niña! Y qué dice?

GARCIA. Está muy triste.

DIAZ. Lo creo. Sabes que estoy sin saber qu hacer con ella? Porque al fin... Que n aconsejas, Garcia?

GARCIA. Quieres que te diga lo que siento

DIAZ. Sí, habla con franqueza. Yo bien s que qualquiera otro...

GARCIA. Ya lo veo; pero sin embargo... Ell te quiere mucho, y es amable, y te ha ria feliz.

DIAZ. Es verdad. No pienso abandonarla Abandonarla no. Aunque no nos amas mos, somos parientes, y no la olvidaré

GARCIA. Me alegro de que pienses hacerla fe liz, porque lo merece seguramente.

DIAZ. Debo hacerlo así; pero me dicen qu pudiera pretender...

GARCIA. Sí, pero... Con todo, no es regular.

DIAZ. Es cierto que tengo bastante; pero s ria tan malo tener alguna cosa mas?

GARCIA. Sin duda es que no: sin embargo.

DIAZ. Esos nuevos amigos me dicen que C lestina... Y por otra parte, yo no so tan viejo. Que necesidad tengo de casa me todavia? Joven y rico puedo pasar u vida de príncipe. Mira, esas dos herm sas que te he dicho... Yo correspondo

sus caricias, porque son muy dignas de que uno las quiera; pero si piensan que me he de casar con alguna de ellas, se engañan miserablemente.

ARCIA. (*Aparte.*) Ah! bribon!

IAZ. Esto no es decir que... Eso no. Las costumbres son sobre todo. A Celestina puedes decir...

ARCIA. Quien? Yo?

IAZ. Si no, yo le escribiré que...

ARCIA. Mucho lo sentirá Pedro Fernandez.

IAZ. Y como ha de ser? Que haga lo que le parezca. Yo quiero gozar de la juventud, y pasados algunos años nos podremos casar.

ARCIA. Pasados algunos años! Entónces tendré yo un tesoro.

IAZ. De veras?

ARCIA. Mi Carmencita. Mi Carmencita ha de ser la mejor moza de toda la Península. Una Georgiana parece.

IAZ. Quién? Tu nija?

ARCIA. Sí: pasados cinco años, tendrá diez y seis, y no habrá mas que desear.

IAZ. Dexémosla crecer. Los escribanos están garabateando yo no se que procesos que necesitaré firmar. Saldremos dentro de una hora. Entretanto puedes venir á ver mi palacio, mis muebles, mi Biblioteca, mis naranjos, mis dragos, mis acayoibas, mi jardin á la inglesa, mi... Quieres que te

presente á mis nuevas amistades?

GARCIA. Como? Estando vestido así?

DIAZ. Pues qué! Estoy yo mas decente que tú? No basta que seas mi amigo? Si no quieren tratar con un titeretero, que se vayan á pasear. En la sociedad se debe tratar, á cada uno como corresponde sí, pero con todo el mundo, aunque sea con el verdugo, que para eso es sociedad. Si les digo que has heredado, y que tienes un ochavo de renta al año mas que yo, me dexarán, y te se pegarán como las moscas á la miel. Aquí viene una de mis tres novias, Bárbara de Valbuena.

GARCIA. Qué hermosa es! Canasto!

DIAZ. No parece sino que las han pintado para traérmelas.

ESCENA V.

DICHOS, BÁRBARA.

BÁRBARA. Mi hermano y yo andamos buscando á usted por todas partes. Es este el comisionado?

DIAZ. Qué comisionado?

BÁRBARA. Sí, el comisionado que debe suplir por mi hermano.

GARCIA. (*Aparte.*) Qué necedad! Tengo yo facha de comisionado?

DIAZ. Es el señor Garcia.

GARCIA. Sí, señorita. Soy García, su amigo íntimo.

BÁRBARA. (*Aparte.*) Cierto? Dios mio! Todo lo he echado á rodar. Soy una bárbara.

DIAZ. Es muy bonita. No es así?

GARCIA. (*Aparte.*) Sí; pero parece muy pánfila y muy campestre.

BÁRBARA. Perdone usted. Yo no miraba que... Los amigos de usted no pueden ser de un estado distinguido... Quiero decir, que tampoco usted... Adios! cada vez creo que lo hago peor.

DIAZ. (*Aparte.*) Este pobre García tiene una facha tan maldita!

ESCENA VI.

DICHOS. VALBUENA.

BÁRBARA. Ven, hermano, ven. Ayúdame tú. Yo no sé donde tenía la cabeza. El señor es amigo del señor, y yo creía...

GARCIA. Señorita, dexese usted de excusas.

VALBUENA. El señor es amigo de don Marcelo? (*Aparte.*) Parece cosa de sastre, ó así.

DIAZ. Si señor. Fuimos condiscípulos en la universidad de Oñate.

GARCIA. Hemos sido siempre muy amigos.

DIAZ. Y basta. En dónde está doña Gregoria?

GARCIA. (*Ap.*) No le agrada la conversación.

VALBUENA. Ha quedado con don Fernando.

Pobres! Necesitan concertar sus medidas y precauciones, y se habrán quedado á eso.

BÁRBARA. Como no nos hagan mal tercio...

GARCIA. (*Aparte.*) Se acabo. Ya no me hace caso, ni me mira siquiera. Bribon!

BÁRBARA. Yo no les quiero mucho, si he de decir la verdad, ni...

DIAZ. Señorita! Un ángel como usted no puede aborrecer á nadie.

VALBUENA. Ah! no, eso no lo dice de corazon.

GARCIA. (*Aparte.*) Quando estábamos solos era mi amigo, pero ahora... Haya pícaro como él!

ESCENA VII.

DICHOS DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. Yo le hacía á usted en el jardin.

GARCIA. (*Aparte.*) Otra todavía! Esto no se acaba nunca. Me iré á casa ya que está un paso de aquí.

DIAZ. Ah! Señora...

GARCIA. Diaz, con el permiso de estos señores... Luego vuelvo. Escuche una palabra. Los amigos á quienes se debe estimar mas en la prosperidad son aquellos que han sido experimentados en la adversidad.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS GARCIA.

DIAZ. Cómo! Ahora me vienes con máximas de moral?

BÁRBARA. Eso es insultarnos.

BALBUENA. Nada de eso. Un axioma es lo que ha dicho. Lo mismo he leido yo, no sé si en Séneca, Aristóteles, o Platon.

DIAZ. Sí, Garcia es sumamente satírico y sentencioso.

DOÑA GREGORIA. Y qué viene á ser ese hombre?

VALBUENA. Condiscípulo de don Marcelo.

BÁRBARA. Estudiante ha sido? Que bueno será el! Estudiante! Dios nos libre...

DIAZ. Le he ofrecido prestarle algun dinero que necesita.

BÁRBARA. Y lo ha aceptado?

DIAZ. Por diez! Pues no lo había de aceptar?

BÁRBARA. Ya lo veo. Si ha sido estudiante, aceptará quanto se le dé.

DOÑA GREGORIA. Eso es franqueza y confianza.

VALBUENA. Que honran tanto al que recibe como al que da. Costumbres verdaderamente patriarcales!

DIAZ. Viene con nosotros á Madrid.

BÁRBARA. Con quiénes? Con nosotros? Nosotros hemos de ir en un mismo carruage

con Garcia? Con el que estudió?

VALBUENA. Qué dices, Bárbara? Un amigo de don Marcelo! (*Ap.*) Calla, habladora.

DOÑA GREGORIA. No sea usted tan altiva, señorita.

VALBUENA. Yo le cederé mi asiento, si es menester. Un amigo tan amigo de la moral! Se guardará mi hermana de insistir... El caso es que, por grande que sea el carruage, mal podrémos acomodarnos todos en él. Somos ya un sinfin. Pero yo lo arreglaré.

ESCENA IX.

DICHOS. DON FERNANDO.

DON FERNANDO. Don Marcelo, los escribanos aguardan á usted.

VALBUENA. Estábamos disponiendo el viage, señor don Fernando. Don Marcelo, su señora hermana de usted, la mia, y yo irémos en coche, y usted en su berlina...

DON FERNANDO. Cómo? Está bien. (*Aparte.*) Me alegro de no ir con ellos. Me impacientarian.

VALBUENA. Con un tal Garcia, amigo de don Marcelo.

DON FERNANDO. Muy bien.

DIAZ. Sí. Un compañero antiguo, y condiscípulo.

DOÑA GREGORIA. Algo sentenciosa y mordaz.

DIAZ. Como las señoras no le conocian...

VALBUENA. Don Marcelo suplica á usted que le ceda un asiento.

DIAZ. Con tal que no le sirva á usted de incomodidad.

DON FERNANDO. Oh! No señor.

DIAZ. Pero adonde se ha ido? Aquí está.

BARBARA. Cielos! Qué distraz! Estudiante habia de ser.

ESCENA X.

DICHOS. GARCIA (*con peluca empolvada, medias de seda, y mejor vestido que en la salida anterior.*)

GARCIA. Señores, disimulen ustedes. Estaba vestido de camino antes, y...

DOÑA GREGORIA. (*Aparte.*) Esta es una caricatura.

DIAZ. Asi es... Soberbio estás, amigo! (*Ap.*) Este pobre no sabe las modas... Ya hemos dispuesto el viage. Volverémos á encontrarnos en Madrid.

GARCIA. Pues qué! No voy yo contigo?

DIAZ. No, porque, ya ves, el coche... Te acomodarás con el señor, que tiene una berlina.

GARCIA. Pero, hombre... Yo quisiera ir con mi amigo...

DIAZ. Sí, siempre soy tu amigo. Ya lo verás. Hablarémos. Pero no puede ser... Señoras, quieren ustedes que les de la mano?

VALBUENA. Adios, señor Garcia. Me alegro de conocer á usted. Quede usted con Dios.

ESCENA XI.

DON FERNANDO. GARCIA.

DON FERNANDO. (*Aparte.*) Este es el amigo de don Marcelo!

GARCIA. (*Aparte.*) Le incomodo. Lo conozco. Se avergüenza de ir conmigo.

DON FERNANDO. (*Aparte.*) No hace gran caso de su antiguo compañero y condiscípulo.

GARCIA. Qué frialdad! Bribon!

DON FERNANDO. Esto ha de ser... Siento muchísimo no poder ceder á usted un asiento en mi berlina, porque vamos tantos... Usted puede hacerse cargo... Todos los dias hay proporciones de retornos que pasan á Madrid. En fin, que usted lo pase bien.

ESCENA XII.

GARCIA *solo.*

GARCIA. Y tú perversamente. Qué gentecilla! Como le imitan todos ellos! Le voy á decir que no me tiene que aguardar en Ma-

drid. No creo que sea capaz de prestarme... Embrollon! Aunque me abrazase el primer dia, á los quince chanzes se me haria el desconocido, como si nunca nos hubieramos visto.

ESCENA XIII.

GARCIA. CELESTINA.

CELESTINA. Estaba esperando á usted, señor Garcia.

GARCIA. Celestina!

CELESTINA. Ay Dios mio! Qué majo que se ha puesto usted!

GARCIA. No, pues usted no está ménos maja que yo.

CELESTINA. Y cómo le ha recibido á usted Marcelo?

GARCIA. Al principio muy bien; pero...

CELESTINA. No le ha hablado usted de mí?

GARCIA. De paso le he tocado la especie.

CELESTINA. De paso nada mas? Ya me lo temia yo. Le habrá hablado usted por su interes...

GARCIA. Ay Celestina!

CELESTINA. Que tiene usted?

GARCIA. Tan poco efecto ha causado para con él mi vestido como el trage de usted.

CELESTINA. Pues qué! Es tan ingrato que no le ha recibido á usted bien?

GARCIA. Qué sé yo?

CELESTINA. Ah! qué poco hay que fiar en las palabras de los hombres, señor Garcia!

GARCIA. Como se lo decía yo á el mismo ésta mañana: nuevas circunstancias nuevas costumbres. Es un *egoista* de primer órden... un hombre... como todos los demas. Le perdono y renuncio á su amistad para siempre, y usted puede renunciar tambien á su amor, pues...

CELESTINA. Ay señor Garcia! Qué me dice usted? Eso es un dolor.

GARCIA. Ya veo que es un dolor; pero qué le hemos de hacer? Está ya tan... tan mudado, y...

CELESTINA. Tan mudado! Me decía que sería firme y constante. Mire usted. Y que bueno se mudaría jamás. Así me lo juraba el cruel.

GARCIA. Tampoco yo hubiera creído nunca que se portase conmigo así. Pero ya he conocido ahora su modo de pensar. Es un ingrato; y no puede ser ni buen amigo, ni buen amante el que lo es.

CELESTINA. Pero no habrá algun medio?...

GARCIA. No hay mas medio ni mas remedio que tener paciencia, y aguardar á que le suceda alguna desgracia. Yo veré si puedo tramar...

CELESTINA. Aguardar dice usted? Ay señor Garcia! Y si se casa con otra? Eso no lo

puedo yo sufrir. Ay! señor Garcia! Qué amigo tenía usted!

ESCENA XIV.

DICHOS. RUIZ.

RUIZ. Celestina, todo está ya concluido, y van á salir todos dentro de media hora, ó poco mas.

GARCIA. Ve usted...

RUIZ. Malísimo oficio es el de escribano en las provincias. Apenas hace un hombre quatro reales, toma el portante y se planta en Madrid. Dichoso Madrid! Todos á Madrid. Y si se casa, si vende ó compra, todos los provechos se los llevan los escribanos de Madrid. Por vida de Madrid!...

GARCIA. No es el señor el escribano que ha traido el testamento?

RUIZ. No señor; pero tengo la copia y las cartas del testador, que son estas, y no se han exâminado aun.

GARCIA. No se han leido aun! Veamos... Si... puede ser que... Todavía no pierdo las esperanzas.

CELESTINA. Ay señor Garcia! Si quisiera Dios que...

RUIZ. Qué tiene el señor? Le ha dado algun bahido?

GARCIA. Tengo que valerme de usted.

RUIZ. Qué instrumento quiere usted?

GARCIA. Ninguno. Puede usted permitirme que le acompañe á leer el testamento, y las cartas y papeles relativos á él?

RUIZ. Señor, eso... Usted...

GARCIA. No hay cuidado. Yo soy hombre de bien, amigo de Diaz, y aquí se trata de sus intereses y de los de usted. (*A Celestina.*) Celestina, vaya usted á consolar á su padre, y á decirle que me envie un criado de Diaz, qualquiera de ellos... (*A Ruiz.*) Vamos á leer las cartas. Casi todos los hombres obran segun les dictan sus intereses y circunstancias, y Diaz sobre todos... Hagamos pues variar estas circunstancias, y conseguirémos, que así él como sus nuevos amigos cambien de modo de pensar. Fácil cosa es.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

RUIZ. GARCIA.

GARCIA SOLO.

Atencion! Voi á dar principio á mi papel. Diaz, y sus nuevos amigos son los titeres de que me voi á valer para ésta funcion Ya que la suerte me presenta ésta ocasion, no quiero dexarla escapar. Yo pues tengo por oficio componer escenas, y presentar intrígas, haré que estos titeres se muevan segun mi voluntad, y...

RUIZ. (*Sale con dos cartas en la mano.*) Estas dos cartas especialmente son mui particulares, señor. ¿Como no las ha visto el Escribano de Madrid? Pero lo que usted intenta es una cosa delicada, y.....

GARCIA. Y ¿qué importa? Es una chanza. Con añadir y quitar alguna cosa á ésta carta primera, y reservar la otra para su tiempo, asunto concluido.

RUIZ Ese es asunto delicado. Mire usted...

GARCIA. El criado que nos ha enviado Pedro Fernandez ha recibido una gratificacion que le he dado porque haga que se retarde el viage de su amo, y nos vaya enviando por aquí uno á uno á todos sus amigos. Para usted es sumamente ven-

tajoso que no se vaya Diaz á Madrid sino que se nxe y se case aquí; pero sinembargo tome usted... (*Le da dinero.*)

RUIZ. Cierto; pero... oh! Yo sin eso, señor...

GARCIA. Si yo necesitára de un pícaro para una accion reprehensible, á docenas los hallaria por ahí; pero necesito de un hombre de bien para una accion loable, y espero que usted...

RUIZ. Está bien. Me conformo. Haré lo que...

GARCIA. Lindo! Bravísimo! Aquí viene ya la hermanita del señor Valbuena.

ESCENA II.

DICHOS. BÁRBARA.

BÁRBARA. Señores quien es este criado que ha ido á decirme... Alguno me llama? Quien es?

GARCIA. Yo, señorita. Yo.

BÁRBARA. Usted?

GARCIA. Tengo que revelar á usted cierto secreto que la interesa muchísimo.

BÁRBARA. Secreto que me interesa muchísimo?

GARCIA. Si, señorita, muchísimo. Bien puede usted ceder el campo á doña Gregoria, para que las haya sola con don Marcelo.

BÁRBARA. Como? Ceder el campo? Yo?

GARCIA. Hai muchos hombres irresolutos, volubles, variablee, que no saben fixarse en una cosa, y hacen cada año un par de testamentos, ó mas.

BÁRBARA. Pero ¿y el secreto? ¿Qual es?

GARCIA Mi amigo Diaz ha sido desheredado en virtud de un segundo testamento que revoca expresamente el primero.

BÁRBARA. Dios mio! Es verdad?

GARCIA. El señor, registrando los papeles, ha hallado unas cartas que....

BÁRBARA. Zape! Buen chasco me hubiera llevado yo, si me hubiera casado con él! No me pillará, no.

RUIZ Señor, mire usted que eso no...

GARCIA. Dexeme usted. En conciencia no puedo menos de decir á esta señorita la verdad. Pues no seria lástima que..

BÁRBA. Si, señor. Dexele usted decir la verdad.

GARCIA. Mire usted, aquí está todavia, entre las manos, el segundo testamento, el codicilo...

BÁRBARA. El codicilo? Le tiene el Escribano?

GARCIA. Tiene las cartas que lo anuncian que es lo mismo. Al instante que las ha leido ha despachado en posta á su escribiente, para alcanzar al Escribano de Madrid que habia salido ya.

RUIZ (*Aparte.*) Mi escribiente en posta? Este hombre es el satanás.

GARCIA. Luego le dará alcance, pues no puede ir lexos todavia.

BÁRBARA. (*Haciendose cruces*) Jesus! Jesus! Voi á decirselo á mi hermano, y á ninguno mas. Dios mio! ¡Qué cosas! Ha hecho usted mui bien en habermelo

dicho. Mi hermano se lo agradecerá á usted mucho.

ESCENA III

GARCIA. RUIZ.

GARCIA. Ya se la tragó.

RUIZ. Pero, señor, eso no es lo tratado. Usted lleva las cosas mui adelante, y...

GARCIA. Usted no tiene que comprometerse, sino oir, ver, y callar, apoyandé con el silencio lo que yo les diga. Pero aunque usted quisiera meter baza en esto, seguro está que yo le dexase, ni le diera tiempo para ello. Yo lo hablaré todo.

RUIZ. ¡Qué diablo de hombre! Mas val, que yo me vaya. Le dexaré á usted ésta carta primera, ya que no es auténtica.

GARCIA. En hora buena. Vayase usted. Pero... espere usted un poquito. Aqui está don Fernando. Á este es necesario tañerle por otro tono.

ESCENA IV.

DICHOS. DON FERNANDO.

GARCIA. Por Dios, Señor Escribano, no divulgue usted todavia esa novedad. Diaz merece seguramente que tenga usted este miramiento para con él.

RUIZ. Y ¿como quiere usted que yo tenga esos miramientos ni con él, ni con nadie? Eso no puede ser.

DON FERNANDO. (*Aparte*) ¿Qué hablará

de Diaz?

GARCIA. ¡Pobre! Dexe usted que á lo menos se aproveche del zelo y de los servicios de los amigos que piensan que es rico. Usted conoce bien el corazon del hombre. Si supieran que ha sido desheredado, todos ellos le abandonarian al momento.

DON FERNANDO. ¡Desheredado! ¿Quien? ¿Diaz? ¿Pues como?

GARCIA. ¡Oh Cielo! Nos estaban escuchando. No, señor, no. Esto es una chanza. Señor Escribano, suplico á usted que...

UIZ. No tenga usted cuidado, que yo...

ON FERNANDO. Hable usted, señor Escribano. Expliquese usted. Yo soi amigo de Diaz, y jamás le abandonaré, porque no soi capaz de eso. Bien se lo que son éstas cosas. Yo tambien era rico, y...

ARCIA. ¡Usted, señor! pues qué?...

ON FERNANDO. Si, señor. Era rico, y una casa de Cádiz (malditos sean sus cimientos) ha hecho una quiebra que me...

RCIA. Así es el mundo. Quiebras, testamentos revocados...

ON FERNANDO, ¡Testamento revocado!

ARCIA, ¡Dios mio! Si, Señor Escribano, todos lo saben ya. Vayase usted.

UIZ. Con mucho gusto. He aquí unas cosas... Le he confiado la carta... Mis ocupaciones... mi temor... Luego volveré con

la otra.

ESCENA IV.

DON FERNANDO. GARCIA.

GARCIA. Por Dios, no se lo diga usted á nadie, señor don Fernando. Se lo suplico á usted por Dios.

DON FERNANDO. Ah! No hai mas que fiarse uno en las riquezas de sus amigos ó en las suyas. Se acabó. Todo lo abandono, todo lo renuncio. Viviré como sabio, como Filosofo...

GARCIA. No, tanto como eso, no, señor. Esos son temores infundados. Esa fortuna pasa á otro, y yo no veo pariente mas cercano... Porque. ¿quien es ésta Celestina de que habla la carta?

DON FERNANDO. Celestina? Otra parienta del testador. Mi ahijada Celestina? Celestina es la heredera?

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA GREGORIA. VALBUENA. BÁRBARA.

DOÑA GREGORIA. (*Saliendo*) Fernando que es lo que acabo de oir? Qué novedad es esa que la buena de Bárbara ácaba de decir en voz baja á Valbuena? Ellos no creian que yo les estaba escuchando, pero...

DON FERNANDO. Será sin duda demasiado cierta, pues..

VALBUENA. (*Saliendo con su hermana*) Es

es imposible, imposible. Hermana, quien te ha contado ese disparate? No puede ser.

GARCIA. (*Aparte*) Lindo! Todos están ya aquí.

DON FERNANDO. Si, hermana. Diaz no es el heredero.

BÁRBARA. Yo no quería decirselo á nadie; pero ya que todos lo saben, te diré que hai un segundo testamento, un codicilo...

DON FERNANDO. Mi ahijada, Celestina es la heredera universal. Si, señor.

GARCIA. Señores, poco à poco: Qué prisa se dan ustedes! poquito á poco. Qué prisa se dan ustedes en desheredar á las gentes! Aquí hai una carta del testador con fecha mui posterior al testamento, en que se lamenta de la conducta de Diaz, y habla en favor de Celestina. En dicha carta parece anunciar nuevas disposiciones testamentarias; pero nada mas.

DON FERNÁNDO. Bastante es eso.

DOÑA GREGORIA. Ya está anulada la venta de nuestro Palacio y perdida mi hipoteca.

DON FRENANDO Yo temo... Pero no: mi ahijada es una linda muchacha, y de mui buena índole.

BÁRBARA. La ahijada de usted! Es necesario verla.

VALVUENA. Es así. No se pierde nada por eso.

GARCIA. (*Aparte*) Si, mudaos, veletas, que el viento se mudó ya.

VALBUENA. ¿Quiere usted hacernos el favor de darnos esa carta?

GARCIA. Aquí viene Diaz.

ESCENA VII.

DICHOS. DIAZ.

DIAZ. ¡Pues no es cosa fuerte que ha de pagar uno su dinero, y no le han de servir como se debe! ¡Borrachos! Una hora hace que los cocheros han ido á beber el trago, y no parecen, y ustedes tambien me han dexado solo allí. Garcia, ¿aquí estás? Don Fernando no puede llevarte consigo; pero lo mismo tiene que llegues un dia despues. Yo me adelantaré. Todo se reduce à matar un par de caballos. Clic, clac, clic, clac, en dos latigazos estamos en Madrid. Quien es ese señor que viene á Madrid? El señor Diaz.

DON FERRANDO. (*Aparte*) ¡Pobre Diablo, !Que engañado está!

DOÑA GREGORIA. (*Aparte*) Como lo asegura! Cuitado!

DIAZ. Qué és esto, señores! Qué significa esto? Yo no lo entiendo! Ha sucedido alguna desgracia? Aquí estoi yo... Callan. Yo les obligaré á hablar. Hablen ustedes pues; hablen ustedes que yo lo mando

BÁRBARA. (*Aparte*) Ai qué gracia de se-

ñor! ¿Como manda?

VALBUENA. Ay Dios!

DOÑA GREGORIA. Ay!

DON FERNANDO. Ay!

DIAZ. Dios mio! Qué ayes! ¿Qué es esto?

ESCENA VII

DICHOS. PEDRO. CELESTINA.

PEDRO. Señor Garcia!

CELESTINA. (*A Diaz*) No crea usted que venimos á buscarle. No, señor.

DIAZ, (*Aparte*) Celestina otra vez?

DON FERNANDO. Ahijada querida! Espero que no me atribuirás la culpa de lo que ha pasado entre Diaz y vosotros.

DOÑA GREGORIA. No: Celestina es racional y prudente, y se hará cargo...

BÁRBARA En la cara se le conoce que es mui buena, y de mui buena pasta.

VALBUENA. Es mui buena, y conocerá...

GARCIA. (*Aparte*) Si, á ella, á ella. Acariciadla, absequiadla, aduladla. Habrá cosa mas particular?

PEDRO. (*Aparte*) Qué será esto, señor? Porque harán tantos cumplimientos á mi hija?

DON FERNANDO, Mi hermana...

DOÑA GREGORIA. Mi hermano...

DIAZ. Señores qué viene á ser esto? Yo estoi en brasas. Qué ha sucedido? Ustedes se despepitan por obsequiar á Celestina, y me miran con cierto aire de

compasion que... Pues esto algo quiere decir...

GARCIA. Con qué deseas saberlo? Pues bien, ya que los señores han comenzado á descubrirse, no debo yo tener ningun embarazo en decirte claramente lo que hai. Firmeza, amigo, firmeza. Es preciso que ahora te valgas de la firmeza, de aquella entereza de carácter de que te gloriabas tanto.

DIAZ. Dios mio! Qué tono! Garcia? Pues qué hai?

GARCIA. Aquí tienes una carta que el Escribano ha encontrado entre los papeles relativos á tu herencia. Si, amigo, la suerte dispone que tu mejor amigo se vea precisado á darte este golpe fatal. Paciencia. No se puede remediar.

DIAZ. Golpe fatal! No se puede remediar?

GARCIA. Si. No te asustes. Y usted, Celestina, no se alucine tampoco.

CELESTINA. Pues qué? Es cosa mia?

PEDRO. Qué será! Veamos.

VALBUENA. Pero, señor, esa carta...?

GARCIA. Conoces la letra?

DIAZ. Si. De mi primo Ramirez es.

GARCIA. La escribia á su primer Escribano que murio quedando en su lugar el que extendió y autorizó el testamento.

DOÑA GREGORIA. Bien; pero lea usted.

GARCIA. Es necesario que nos hagamos cargo de todo » los informes que me han

» dado acerca de la conducta de mi primo » Marcelo Diaz hacen que casi me arre- » pienta del testamento de que tengo ha- » blado á usted.

DIAZ. Dios mio! Se arrepienta! No faltaba mas! Qué informes son esos, ó qué diablo de soplon ha habido ahí! Prosigue.

GARCIA. » Me han dicho que es medio loco, » y que la echa de Filosofo.

DIAZ. Dios mio! Qué calumnias! Yo Filosofo? Yo medio loco? Si supiera quien ha sido el pícaro que .. Por vida del relox, que le habia de estrellar. Qué lenguas tan malditas! Garcia, acaba, si has de acabar.

GARCIA. » Los mismos informes me han he- » cho formar un gran concepto de la ama- » ble Celestina Fernandez, tambien parién- » ta mia por parte de madre.

PEDRO. Así es. Mi muger es Acevedo.

GARCIA. » Y si fuese mas joven, y no me » hallase tan postrado y achacoso, sin tes- » tamento ninguno la haria yo feliz.

PEDRO, Ya se ve. No tendria á menos casarse con ella. Eso es lo que quiere decir.

DIAZ. Garcia se acabará esa carta alguna vez? Acaba, si has de acabar, con mil millones de demonios.

GARCIA. » Pero ya no debo pensar en eso, » y solo trato de meditar en su favor al- » gunas nuevas disposiciones testamentarías » que comunicare á usted en la siguiente.

DIAZ. Y qué nuevas disposiciones son esas?

GARCIA. Se expresan en la carta siguiente que cita. El Escribano la tiene.

DIAZ. ¡Y qué! Ella me deshereda? Ella instituye á Celestina heredera universal? Una carta qualquiera... Vamos... No puede ser.

CELESTINA. Calla usted?

DIÁZ. Yo estoi perdido.

PEDRO. Es posible?

VALBUENÁ. Pero esa carta está escrita por el testador? Es de su puño?

DIAZ. Demasiado. Dios mio! Ojalá que no lo fuese.

PEDRO. Cabal: de su letra es. Claro está. Qué felicidad! Celestina!

CELESTINA. Pues qué! Soi yo la heredera?

DON FERNAEDO. Si mi ahijadita, si.

PEDRO. (*da muestras de regocijo*) No que no. toma! Por una vez.

GARCIA. Marcelo, bien puedes dar á Fernandez y á su hija la gasa del sombrero.

PEDRO. Ya tenemos á Diaz mas humilde y abatido que antes de haber heredado.

DIAZ. Eso no. Quien ha dicho semejante cosa? Mis principios filosóficos no se desmentirán jamàs. Dexo mi Palacio, mi coche, y mi familia con la mayor frescura del mundo.

PEDRO. Muí bien hecho. Y qué dirémos de nosotros, mi señor Don Fernando, y usted, señora doña Gregoria, y usted, señor Valbuena tan sensible? Vean ustedes aquí hecha una señora ésta niña que despreciaban tanto.

Pero es preciso que yo lo vea, que yo me informe, que corra yo á casa del Escribano, Apartarse, apartarse, que voi á pasar.

ESCENA IX,

DICHOS, MENOS PEDRO,

CELESTINA. Será usted mi amiga siempre Doña Gregoria? Y usted, padrino mio. Disimulen ustedes la indiscrecion de mi padre, señores. El contento le tiene así. Y usted, primo mio...

DIAZ. Tenemos que hablar los dos.

CELESTINA. Eso mismo iba yo á decir á usted.

BÁRLARA. Aquí estamos de mas. Vamonos.

CELESAINA. Señor Garcia, no se vaya usted.

BÁRBARA. Que buen corazon de muchacha! Como si nada heredase está.

VALBUENA. Entra en el Palacio, Bárbara... Yo tengo que hablar al Escribano. (*se van*)

DOÑA GREGORIA. Hermano, nos llevamos petardo.

DON FERNAEDO. No lo creas. Mi ahijada es la mejor niña del mundo, y la venta se verificará con ella.

ESCENA X.

DIAZ. GARCIA. CELESTINÁ.

GARCIA. ¡Pobre Diaz.! Mira lo que es este mundo miserable. Bien has hecho en conservar tu despacho por si acaso.

DIAZ. Escucha. Te debo confesar que he sido

demasiado vano y mentecato para no sentir este golpe. Si es cierto que mi primo me desheredá, me ha hecho un flaco servicio en haberme enriquecido para arruinarme. Mas me hubiara valido que nunca se hubiera acordado de mi. Con eso no hubiera perdido mi estimacion y la de otros, ni me hallaria mas pobre que antes.

CELESTINA. Pero todavia no sabemos ..

DIAZ. No, Celestina. Tu eres la heredera. Tú lo mereces mejor que yo. Tienes hartos motivos para despreciarme, y aborrecerme, sin que yo me deba quejar. He sido un ingrato, y no merezco perdon ante el tribunal de Amor. Ah! Bien arrepentido estoi, querida, y solo desearia ser rico para cederte todo, y merecer tu amor.

GARCIA. Ea, Celestina. Qué mas quiere usted? Ya tiene usted riquezas, y novio de su gusto. Dele usted el sí.

CELESTINA. Si, yo podré ser rica, pero no por eso seré orgullosa: y ya que usted se arrepiente de veras... Quando usted se creia rico, me despreciaba; pero yo quiero casarme con usted, aunque me creo rica tambien. Ah! Quien ha dicho que los hombres son mas constantes que las mugeres en el amor?

DIAZ (*Cogiendole por la mano*) Ay Celestina! Hermosa Celestina! ¡Quanto te he de querer! Ninguna otra muger me daria tan generosa prueba de amor. No, ninguna.

ESCENA XI.

DICHOS. PEDRO. RUIZ.

PEDRO. Señor Escribano, si mi hija es la heredera, porque no me ha de decir usted á..

RUIZ. Lo dire en presencia del señor Diaz.

PEDRO. Pues ahí le tiene usted.

GARCIA. Venga usted, señor Pedro Fernandez. Admirese usted de la conducta de su hija. Aûnque es rica, quiere casarse con Diaz.

PEDRO. ¡Como, niña! Con ese bribon, ingrato?.

GARCIA. ¡Qué fina, qué amable es! ¡Qué dichoso es usted en tener una hija semejante!

PEDRO. Si. Soi dichoso seguramente. Esto es gran cosa: pero ¿estás loca, Celestina?

RUIZ. Bien. Se casará con él; pero voi á decir á usted...

GARCIA. No. Yo se lo diré, Señor Fernandez; la fortuna de Celestina es una quimera.

PEDRO. Como una quimera?

DIAZ. ¿Qué dice usted, señor Escribano? Pues ¿y la carta?

RUIZ. Es cierta y legitima, pero lean ustedes ésta otra.

GARCIA. (*Lee*) » Un legado de diez mil pe» sos á Celestina Fernandez... Confirma» cion del testamento. Aconsejando á Diaz » que se case con ella... Pero yo he creido que era mejor que el casamiento se verificase por mutua inclinacion, que no por otro ningun motivo, ni interés.

CELESTINA. ¿Te arrepientes, primo? Puedes hacer lo que quieras.

DIAZ. No, bien mio. No despiertes en mí la ambicion, ni la vanidad.

PEDRO. Bien, hijo. Nada de vanidad, nada de ambicion. Sigue el exemplo de Celestina. Ya has visto como lo sacrificaba todo por tí. ¡Qué amable es! Ella no es de moda, ni sabe latin, como algunas otras mugeres; pero su madre la ha educado bien, y será hacendosa y economica, que para las mugeres es la mejor moda y el mejor latin.

ESCENA FINAL.

DICHOS. VALBUENÁ.

VALBUENA. No he podido hallar al Escribano Aquí está. Digame usted. ¿Quien es rico? Quien es pobre?

GARCIA. No es eso. No pregunte usted asi. Digalo usted mas claro. A quien hemos de hacer la corte! Yo se lo diré á usted. Á los dos. Diaz se casa con Celestina.

VALBUENA. Sea en hora buena. Me alegro mucho.

GARCIA. Si: como si te echaran unas lavativas. Ya ves, amigo, como es cierto lo que yo te decia ésta mañana. Todos somos unos títeres lo mismo que los que me sirven á mi de Actores para mi espectaculo. Los hombres nos movemos por el interés, y por las circunstancias, del mismo modo que se mueven mis títeres por el impulso que yo les doi con los hilos, y alambres.